

- TOMA OTOMÍ DEL INPI: EL DEDO EN LA LLAGA
- CHILE: PUEBLOS INDÍGENAS Y NUEVA CONSTITUCIÓN
MIRADA POÉTICA Y DE SENTIDO
Graciela Huinao (wiliche)

Barrio de Tepito, CDMX, octubre de 2020. Foto: Mario Olarte



DE CARA A LA PANDEMIA: ESCUCHAR A LA TIERRA

SIEMBRA, IDENTIDAD, EDUCACIÓN Y SALUD EN LAS COMUNIDADES

Reportajes de Robin Canul, Isael Rosales, Alfredo Zepeda, Gloria Muñoz Ramírez y Diana Manzo

- **LA ESPIRITUALIDAD WIXÁRIKA EN NUESTROS DÍAS**
Eduardo Guzmán Chávez
- **CONTRADICCIONES EN SEMBRANDO VIDA**
Ramón Vera-Herrera
- **EL CAMINO SIN FIN**
DESPLAZADOS TSOTSILES EN ALDAMA, CHIAPAS
Serie fotográfica de Luis Enrique Aguilar
- **SENTIMIENTO DEL DESIERTO**
Hermann Bellinghausen
- **CUANDO DECIDIMOS CERRAR LA ESCUELA**
Lamberto Roque Hernández en Oakland, California

- **DE PÁJAROS Y SERPIENTES**
Miguel Cocom Pech (maya)
- **LA VISITA**
Jaime Sa'akasmä (zoque)
- **MORIRÁS, DIJO EL PÁJARO**
Juventino Santiago Jiménez (ayuuk)
- **SE MOSTRÓ EL LAGARTO**
Luis Ángel Gándara Olaya (en totonakú)
- **ADIÓS A LAS ENCHILADAS**
Ignacio Villanueva (hñatö)

TOMA OTOMÍ DEL INPI: EL DEDO EN LA LLAGA



Mujeres otomías en conferencia de prensa en el INPI, octubre de 2020. Foto: Justine Monter-Cid

Poco atendida por los grandes y medianos medios, a pesar de su posible "utilidad" para pegarle al gobierno como una "oposición más al régimen", la ocupación de las oficinas centrales del Instituto Nacional de Pueblos Indígenas (INPI) no resulta cómoda para nadie. Que ni el gobierno ni sus enemigos o rivales pudieran darle uso confirma que, en la raíz de las cosas, los pueblos originarios no le sirven a nadie. Si existen y caminan, es por sí mismos.

En experiencias latinoamericanas recientes en Ecuador y Bolivia, los gobiernos "progresistas" de Correa y Morales, al no tener el cheque en blanco de los pueblos indígenas que decían representar prioritariamente, los acusaron de hacer el juego a la derecha, agresiva en esos períodos. Nunca se ha aceptado que existe una tercera fuerza social y política con personalidad y demandas propias por encima de los partidismos, y en posesión efectiva y ancestral de territorios nacionales. En México, el presidente López Obrador ya ha pegado el epíteto "conservador" a las oposiciones indígenas y campesinas a sus proyectos de inversión masiva en las tierras de los pueblos, arrojándolos a la misma canasta de sus enemigos ideológicos, económicos y políticos, los "conservadores" preferidos de su discurso. Pero nada que ver. Debería saberlo.

En el trascendental referéndum en Chile para cambiar la Constitución, ni el oficialismo, ni organizaciones, ni partidos de izquierda las tienen todas consigo ante la elocuente particularidad indígena. Los mapuche no esperan verdaderos cambios en su condición legal, que fácilmente criminaliza la reivindicación que hacen de sus territorios, arrebatados criminalmente por los sucesivos regímenes y los propietarios privados del Chile blanco.

En este escenario general, la ocupación del INPI por mujeres otomías de Santiago Mixquitlán, municipio de Amealco, Querétaro, habitantes de la Ciudad de México (CDMX) donde trabajan y viven hace más de 20 años, caminaron la mañana del 12 de octubre por avenida

Cuahtémoc y se apoderaron pacíficamente del edificio de seis pisos que ocupa el "nuevo" instituto indigenista. Pronto se sumaron sus compañeras del propio pueblo de Mexiquitlán, un notable reducto indígena en una entidad bien blanqueada como es Querétaro, que siempre ha negado a sus indígenas.

Después de muchos años de lucha por vivienda digna, las familias otomías vecindadas en la colonia Roma padecieron el terremoto de 2017, la condición de "acampadas" permanentes en la calle, el rechazo racista de vecinos y comerciantes. Tres años después nadie les ha hecho realmente caso. Con el campanazo de su toma, al menos refrescaron las promesas gubernamentales del INPI y la CDMX.

Aunque a nadie le guste, esta acción indígena es una piedra en el agua con ondas expansivas. "Si nos tocan a uno nos tocan a todos" ha sostenido por años el Congreso Nacional Indígena (CNI) al que pertenecen los otomías de la CDMX, y participan en el Consejo Indígena de Gobierno con el respaldo de sus hermanas del terruño originario, que también tienen sus luchas locales y muy importantes. Se resisten a proyectos turísticos ajenos a la población indígena, despojo de sitios ceremoniales y mercantilización cínica de sus productos culturales, representada en las célebres muñecas Lele. Miembros del CNI de otras partes de la ciudad y el país se les unieron. El escenario callejero de la toma puso a la vista el manojito de luchas y resistencias contra la agresiva "modernización" lopezobradorista: Samir Flores y los zapatistas de Chiapas, los mayas de la península de Yucatán que rechazan mas metástasis del turismo, los pueblos de Oaxaca y Morelos que tampoco se dejan.

"Las comunidades juntas y enojadas somos un peligro", dice una de las voceras otomías a Ojarasca en el sexto piso del INPI tomado. Su presencia en esas instalaciones da espejo a mucho más, un

caledoscopio de revelaciones. Se manifiestan ofendidas por esas costosas oficinas gerenciales llenas de computadoras, cubículos, salas de junta, el despacho del director Adelfo Regino Montes y su exhibición de artes, regalos y productos indígenas. Ellas se sienten profundamente ajenas. En cambio, celebran que aquí por lo menos hay agua corriente y pueden bañarse, hay sanitarios y techo, luego de tres años de vivir como "damnificadas" en la vía pública. Preferirían pasar aquí el invierno, comprensiblemente.

Sin tocar los equipos ni los archivos, habitan entre escritorios y secciones como "Paraísos Indígenas" (para la cual hay una hilera de computadoras y archiveros) con ironía elocuente. Un piso ellas y sus pequeños, otro los varones. A diferencia de las ocupaciones recientes de instalaciones públicas y universitarias, no han causado destrozos, aunque la fachada y los muros se llenaron de las imágenes y los mensajes de su enojo. No vinieron a romper. Respetan el valor de las cosas, su dignidad es doliente pero ecuánime. Son las "indias María" despreciadas en la calle. Artesanas, campesinas, comerciantes, trabajadoras domésticas, van a donde vayan con sus hijos, sus hombres y sus exigencias vitales.

El pasmo neoindigenista ante los indígenas de carne y hueso no sorprende. Si el concepto central de gobierno es una calca del sepultado indigenismo del siglo priísta, predeciblemente chocará con los pueblos más evolucionados políticamente. Hace al menos 30 años que ese otro México reclama respeto (debería ser admiración nacional). El edificio del INPI sirve de muestra, no la única ni la mayor, del costoso aparato institucional que administra a los pueblos originarios ("primero los pobres") bajo un esquema equivocado de raíz, pues niega la autodeterminación indígena.

Un puñado de decididas mujeres otomías ha puesto el dedo en la llaga ■

Ocupación de las oficinas del INPI por mujeres otomías. Foto: Mario Olarte



umbrell

La Jornada

Directora General: Carmen Lira Saade
Publicidad: Marco Hinojosa
Arte y Diseño: Francisco García Noriega

Ojarasca en La Jornada

Dirección: Hermann Bellinghausen
Coordinación editorial: Ramón Vera-Herrera
Edición: Gloria Muñoz Ramírez
Caligrafía: Carolina de la Peña (1972-2018)
Diseño: Marga Peña
Retoque fotográfico: Ricardo Flores
Corrección: Héctor Peña
Versión en Internet: Daniel Sandoval

Ojarasca

Ojarasca en La Jornada es una publicación mensual editada por DEMOS, Desarrollo de Medios, SA de CV. Av. Cuahtémoc 1236, Col. Santa Cruz Atoyac, delegación Benito Juárez, CP. 03310, México DF. Teléfono: 9183 0300 y 9183 0400. El contenido de los textos firmados es responsabilidad de los autores, y los que no, de los editores. Se autoriza la reproducción parcial o total de los materiales incluidos en Ojarasca, siempre y cuando se cite la fuente y el autor. ISSN: 0188-6592. Certificado de licitud de título: 6372, del 12 de agosto de 1992. Certificado de licitud de contenido: 5052. Reserva de título de la Dirección General del Derecho de Autor: 515-93. Registro provisional de Sepomex: 056-93. No se responde por materiales no solicitados.

Editado en Demos Desarrollo de Medios S.A. de C.V. Avenida Cuahtémoc 1236, Colonia Santa Cruz Atoyac, C.P. 03310, México, DF.
suplementojarasca@gmail.com



Arte tradicional wixárika en estambre sobre cera de Campeche y triplay. Autor no identificado. Foto: Ojarasca

LA ESPIRITUALIDAD WIXÁRIKA EN NUESTROS DÍAS

EDUARDO GUZMÁN CHÁVEZ

Para los huicholes o wixaritari, Wirikuta es un Tíbet. Es el cielo de la conciencia creativa de la vida. Es el techo de la casa corazón del mundo.

El pueblo wixárika proviene de muy lejos en el tiempo. Los estudiosos se afanan en los archivos coloniales de los misioneros que los encontraron en el siglo XVII y rescatan los testimonios onomatopéyicos que merodean la voz wixárika para describir un pueblo que durante la conquista de la Sierra Madre Occidental no sobresalía por su fuerza política ni por su poderío militar entre los vecinos coras y tepehuanos, pero que se distinguía ya entonces como baluarte espiritual de una estirpe remota.

La conquista de los españoles se consumó relativamente fácil e imprimió algunos rasgos católicos que los wixaritari o huicholes supieron honrar sin que perturbara la prístina resonancia de su propia cosmovisión.

En la actualidad, si tuviéramos la suerte de asistir a la festividad católica del viacrucis de la Semana Santa en alguna de las comunidades nucleares, quedaríamos admirados de presenciar una profundidad y devoción dignas del cristianismo primitivo.

Pero el pueblo wixárika proviene de mucho más lejos en el tiempo. Es un lugar común al hablar sobre ellos aplicarles la calificación que los eleva como una de las culturas indígenas más puras en el mundo. Lo anterior no sería cierto si la pureza se refiere a una cultura, en este caso prehispánica, libre de rasgos propios de otros modelos civilizatorios. En la cultura wixárika no sólo hallamos huellas de la religión católica; podría levantarse una lista de soberbias apropiaciones que resultaron del impacto con el exterior desde la conquista hasta nuestros días. Las velas, el punto de cruz de sus bordados y el toro esencial en sus sacrificios ceremoniales son herencias hispanas. La chaquirá misma y el estambre o la lana de borrego, elementos con los que traducen de manera sublime sus visiones oníricas y chamánicas, provienen de Europa por más que su uso haya enraizado hasta formar parte de la identidad viva. Sin embargo, el lugar común, en este caso, tiene validez.

La pureza del pueblo wixárika tiene que ver con la fidelidad y la nitidez con las que recuerdan y viven su origen que trasciende la especie humana hasta llegar a la chispa de fuego que enciende el universo. Decimos recuerdan y añadimos viven pues su memoria no los detiene en la posesión del dato de un acontecimiento para que lo guarden en la alacena de su orgullo identitario. La memoria de la epopeya en la que se abre paso la vida implica un compromiso imposible de evadir. El pueblo wixárika proviene de muy lejos y su origen lo emparenta genealógicamente en el árbol donde el fuego, el viento, la tierra, el mar, la lluvia, los venados,

las tortugas, la piedra, las abejas, el tlacuache, e incluso los mestizos, somos ramas- frutos- flores de ese milagro energético que nunca se acaba.

El concepto les queda corto. La consanguinidad con el Sol, con el venado o con la tierra, por ejemplo, no se limita en su caso a la inequívoca interrelación de todo con el todo como nos lo afirma la física cuántica. En la alta alcornia de esta sofisticada cultura milenaria sobreviven las maneras finas para dialogar con las distintas manifestaciones de la naturaleza como personificaciones específicas con carácter, voluntad y conciencia propia; y como resultado de tal cercanía comunicativa pueden acomodar su actos para garantizar la fertilidad, la salud y el equilibrio de todos los seres vivos.

El pueblo wixárika practica el idioma de la familia naturaleza y participa en su manifestación. La lluvia, por ejemplo, es un acontecimiento con una serie de factores naturales: los movimientos del planeta, el viento, el sol, el mar, los bosques, son su fundamento. Sin transgredir la función de ninguno de estos ancestros vivos, la cultura wixárika sabe honrarlos seductoramente y propiciar que la lluvia manifieste su regalo en las parcelas comunitarias del colectivo que las pide. Obtener tales privilegios para su manutención los obliga en una compleja relación de reciprocidad a la que llaman El Costumbre tradicional del pueblo wixárika.

Desde su ser comunitario, el pueblo wixárika, unido como un mandala, distribuye entre sus distintas comunida-



Desierto de Wirikuta, San Luis Potosí, septiembre de 2020. Foto: Hermann Bellinghausen

“la Universidad portátil”, y le fascinaba que entre los alumnos hubiera una combinación intergeneracional gracias a la cual una persona madura fuera condiscípulo de un adolescente y que ambos compartieran la experiencia de abreviar en el misterio del libro corazón río de luz. ¿Para qué franqueó la cortina de milenios? ¿Cuál es el mensaje para la actual humanidad de este pueblo que proviene desde el paleolítico hasta nuestros días con un cuerpo de conocimientos bastante robusto, por más que nuestra idea de progreso no cesa de hostigar pavimentando sus altares? Sería lamentable que sólo nos alcanzara la energía para fatigar la veta turística y folclórica que también posee esta cultura. Más profundo que esas tentaciones que encandilan hay un mensaje urgente que el pueblo wixárika transmite sin hacer alarde. En México y en el mundo sobreviven tradiciones que no olvidaron saberse nietos tataranietos de una red familiar luminosa donde todo está vivo y entrelazado. No son los únicos. Por fortuna. Su singularidad es que la transmisión de este legado aún está fuerte y es comunitaria. Desde esa humildad en la que se es integrante servidor dichoso, sin ninguna pretensión protagónica ni de dominio, el pueblo wixárika se despliega en creatividad sin límite para cantar pintar danzar agradecido y en comunidad la oportunidad de estar vivos.

¿Está claro su mensaje? ¿Es importante para la civilización occidental la pervivencia de este tesoro milenario vigente? ¿Valdría la pena conjuntar esfuerzos para escuchar su palabra y respetar el territorio donde siembran la flecha de su energía sagrada? A pesar de numerosos estudios y reconocimientos que prometen respeto, consideramos pobre, muy inculta, la relación de dominio que nuestra civilización establece con esta cultura. Por más que el audio difunde respeto, en el video se practica avasallamiento mediante la expansión de un modelo de consumo que amenaza con engullirlos. Amenaza con liquidar su cultura y el espacio —los abuelos vivos—, donde tal cultura se recrea.

Comenzamos este escrito resaltando la vocación pacífica del pueblo wixárika como un nutriente que ha garantizado su tránsito por los siglos de los siglos. Ellos saben que la voracidad de una visión delirante de una parte de la humanidad que ahora controla los hilos políticos del mundo trastabilla hacia la autodestrucción. Ellos lloran este cansancio del Sol para seguir iluminando. Ellos sufren esta caída de las velas de la vida en los puntos cardinales que permiten la danza del

◀ VIENE DE LA PÁGINA 3

des el ejercicio exhaustivo de acompañar las fases de la danza terrestre alrededor del gran padre Sol. El maíz, como referente principal entre sus cultivos (frijol, calabaza, amaranto), va marcando el ritmo de las distintas fases por celebrar. En la época de seca, que ellos llaman el día, nace el maíz tierno (septiembre) y se cosecha maduro (octubre-noviembre); luego salen los peregrinos que conforman los centros ceremoniales a su peregrinación a Wirikuta (entre noviembre y febrero); retornan y se mantienen concentrados para cumplir la etapas de cacería del venado y preparación de la milpa (febrero-abril); hasta culminar en mayo con la celebración del cierre de la época solar, o masculina, con la fiesta que llaman jícuri neixa, en la que desvisten a la serpiente de peregrinos que han mantenido de noviembre a mayo una férrea disciplina con ayunos de ciertos alimentos y de relaciones sexuales, con larguísimas jornadas de trabajo espiritual y físico. Tales sacrificios para llegar merecedores a la noche, la época femenina durante la cual no paran las ceremonias para festejar la humedad, la lluvia, el maíz (entre junio y septiembre). Le dimos la vuelta al año de la mano del calendario agrícola y no hay resquicio sin celebrar. El costumbre tradicional del pueblo wixárika no descansa. El oficio de agradar a los dioses-naturaleza como lo practica este pueblo es una empresa colosal que deja a los encargados de los centros ceremoniales sin oportunidad de generar recursos económicos para sostenerse. La presencia del dinero como forma de intercambio y de satisfactores foráneos cada vez más abundantes por los que tienen que pagar provoca la gran paradoja de la cultura wixárika: siendo excelentes productores de abundancia, cumplen su compromiso ritual en condiciones muy precarias. El abultado calendario ceremonial implica por lo menos 4 peregrinaciones anuales a la constelación de sus lugares sagrados (una con todos los miembros del centro ceremonial, entre 35-40 miembros; y tres en comisiones de 8-14 peregrinos); muchísimas ceremonias con gastos de alimentos para todo el pueblo. Es muy costoso el Costumbre tradicional de este pueblo. En ciertas comunidades, los jóvenes rehuyen al nombramiento que los compromete en un ciclo de 5 años a representar una jícara sagrada. Dentro del Centro Ceremonial hay alrededor de 35 jícaras, cada una de las cuales representa una fuerza de la naturaleza (el sol, el fuego, el mar,

el venado, el lobo, etcétera). Al cumplir el ciclo los jicareros por lo regular terminan muy endeudados con la mira puesta en salir a trabajar fuera de su territorio para pagar y equilibrar sus finanzas. Es preciso decir: aunque vapuleados en la economía, los peregrinos jicareros concluyen plenos, fuertes, felices y titulados en una vía de conocimiento práctica que los capacita para habitar con dignidad el mundo.

A John Lilly, uno de los grandes conocedores de esta cultura, le gustaba llamar a la peregrinación huichola a Wirikuta



Desierto de Wirikuta, San Luis Potosí, septiembre de 2020. Foto: Hermann Bellinghausen

planeta alrededor del Astro Rey. Pero el pueblo wixárika proviene de muy lejos en el tiempo. Río de luz sin principio ni final le llaman a la serpiente de vida dentro de la cual viajamos todos y al frente de la cual la intuición y el corazón abierto de un venado conduce con cantos la travesía. Una serpiente cuyo destino irreversible es emplumarse de libertad sin condición. En esa confianza, el pueblo wixárika se concentra en el cumplimiento de su cargo como sembradores, peregrinos, cantadores, curanderos que celebran la vida. Ante la adversidad lastimosa de cárteles del narco que invaden sus paraísos en la Sierra Madre Occidental; ante el trazado de carreteras que abren las puertas a la chatarra alimentaria que confunde su sabiduría sencilla e inaugura enfermedades antes desconocidas como la diabetes; ante los megaproyectos que amenazan el equilibrio de sus altares dentro y fuera de su territorio, ellos no tiran la toalla rindiéndose ni se atorán en la nebulosa de la contienda política. Sus acuerdos los firman con su vida en el consejo de ancestros. En su diálogo con el Sol y con la lumbre y la madre naturaleza ellos depositan su confianza. Pero su esfuerzo es insuficiente pues su mundo no es un mundo aparte. Poseen una manera de leer distinta a la manera de leer que tiene la civilización occidental; pero el libro es el mismo. Paraíso natural con deshielos y calentamiento global sobreindustrializado, amanecer esperanzador con tribus enteras de nubes prometiendo lluvia y deforestación insaciable al mismo tiempo de los pulmones boscosos y selváticos del organismo íntimo de nuestra inconmensurable madre hermosa. En ese contexto esquizofrénico el pueblo wixárika nos recuerda: Wirikuta es un templo natural principal del mundo. Es el Tíbet espiritual donde se fragua la fertilidad y se garantiza la creatividad saludable de la humanidad. Está lleno de minerales su subsuelo. Es un alhajero íntimo donde palpita la matriz fecunda de la naturaleza. Detengamos la instalación insaciable de nuestro delirio extractivista. Es el corazón. Relacionémonos de manera diferente con la naturaleza. Ella lo agradecerá. Será la renovación del mundo. Un nuevo acuerdo. Cuidar la naturaleza nos dará de comer. Acuerdo de Vida en Wirikuta. Acuerdo de Vida en Wirikuta. Gracias ■

EDUARDO GUZMÁN CHÁVEZ, poeta y ejidatario de Las Margaritas, municipio de Wadley, San Luis Potosí. Se ha destacado en la defensa del desierto de Wirikuta contra las mineras canadienses.



Desierto de Wirikuta, San Luis Potosí, septiembre de 2020. Foto: Hermann Bellinghausen

SENTIMIENTO DEL DESIERTO

Hermann Bellinghausen

Las cabelleras desgastadas en lo alto de la vieja palma
cuelgan sus frutos secos perfectamente ahorcados
y con los pies colgantes
rígidos y ridículos, son historia vieja.

Contra un cielo de pájaros taimados que se fingen otra cosa,
para destantear a los zanates del demonio
las nubes hilan fino y a colores.

En medio del desierto crecen rosas.
Entre tanto cacto sus espinas ni se notan.

Como ha llovido el aire aumenta el verde
de tan azul que hierve.

Nada perturba la tarde melódica
de un futuro en pie y alerta,
santo y seña.

La vida es buena.



Desierto de Wirikuta, San Luis Potosí, septiembre de 2020. Foto: Hermann Bellinghausen



Selva maya, Yucatán, 2020. Foto: Robin Canul

ESCUCHAR A LA TIERRA

SIEMBRA, IDENTIDAD, EDUCACIÓN Y SALUD DESDE LAS COMUNIDADES INDÍGENAS, CON Y SIN PANDEMIA

GLORIA MUÑOZ RAMÍREZ

Un equipo de realizadores, en su mayoría indígenas, produce una serie de reportajes sobre experiencias de salud, educación, alimentación y cultura desde diversas comunidades del país, con el horizonte de narrar cómo se enfrenta la vida desde lo comunitario en esta época de pandemia.

Mayas de la Península de Yucatán, zapotecas del Istmo de Tehuantepec y de la Sierra Sur de Oaxaca; me'phaa de la Montaña de Guerrero y nahuas, otomíes y tepehuanos de la sierra norte de Veracruz, Hidalgo y Puebla, reivindican su historia, lengua, cultura, siembra y medicina tradicional, en medio de una ofensiva gubernamental contra sus territorios. Lejos de victimizarse, defienden lo que es de ellos y construyen, ladrillo por ladrillo, ese otro mundo que ya existe.

De manera especial Ojarasca publica versiones cortas de los textos publicados originalmente en Desinformémonos, en ocasión de su XI aniversario.

YUCATÁN

LA IDENTIDAD MAYA, SU CULTURA Y SUS LUCHAS. NARRADAS POR LOS JÓVENES

ROBIN CANUL

Peto, Yucatán. Desde muy temprano, Paalil k'iin acompaña a su abuelo Alejandro Cen Ku, de 79 años, a la milpa, ya sea en temporada de siembra, para leñar o para limpiar la maleza que compite con los retoños. "Me gusta ver a la Madre Tierra y estar ante el silencio de la naturaleza, respirar el aire sin contaminación", dice el joven maya al tiempo que evoca a las manos de su abuelo portando tres semillas: maíz, frijol y calabaza. Su línea de vida se construye desde la milpa; para sembrar con espeque se tiende un camino imaginario por el que cada dos pasos se van sembrando las semillas.

Carlos Cen, mejor conocido como Paalil k'iin (hijo del Sol), al igual que muchas personas en el territorio maya aprendió español por necesidad, para poder comunicarse en otros espacios y en otros estados. A los 13 años decidió materializar el sueño de dedicarse a la música y, en especial, al hip-hop. "Sin territorio no hay identidad", dice un verso del rapero maya, quien pone sobre la mesa temas urgentes y esenciales de su pueblo. En su natal Tahdziú, Peto, en el estado de Yucatán, escribe desde hace más de cinco años sobre el mundo que considera ideal, sin echar en saco roto sus preocupacio-

nes actuales: el alto nivel de contagio por la pandemia de Covid-19 y los cambios acelerados que sufre la Península de Yucatán por el despojo de tierras ante la llegada de diversos megaproyectos.

Paalil k'iin inició su carrera indagando su historia de vida y la de su generación de amigos, con acotadas oportunidades de acceder a la tecnología necesaria para desarrollar su gusto por la música o para continuar con su preparación académica, obstáculos que no le impidieron acariciar el sueño de la infancia: ser reconocido por expresarse en su lengua natal, el maya.

El joven artista reivindica su lengua al mismo tiempo que explora nuevas narrativas y plataformas digitales para comunicarse desde lo más profundo de su origen. "No espero nada de nadie, produzco mis propios videos y hago colaboraciones con otros músicos o personas que apoyan mi música". Sin hacer a un lado sus estudios, como una quilla sobre la tierra se ha abierto brecha entre el consumo efímero y desenfrenado de contenidos; maneja sus propias redes sociales y ha conseguido hacer virales algunos de sus videos grabados y editados con un iPhone 3 y la ayuda de sus amigos. "Algunas veces me escriben de otros pueblos felicitándome por mi música y me dicen que soy una fuente de inspiración para otros chavos". El joven rapero aún recuerda la primera vez que visitó la Radio XEPET en Peto: "Era como un estudio de grabación y me entrevistaron". Hoy sus canciones suenan con frecuencia en los hogares de la zona sur de Yucatán.

RECONSTRUCCIÓN HISTÓRICA PARA DESMITIFICAR EL PASADO

A la par del *beat* y las rimas en maya de Paalil k'iin se gesta un importante movimiento llamado #MaayaWinal, el cual se propone generar diálogos peninsulares, internacionales y transatlánticos, encaminados a una práctica descolonizadora a través de espacios académicos formales y de las redes sociales. El antropólogo maya yucateco Genner Llanes es profesor asistente en la Facultad de Arqueología e integrante del Centro de Estudios de América Indígena en la Universidad de Leiden, en los Países Bajos. Su trabajo se orienta al estudio de la interculturalidad en la educación y el desarrollo, el racismo, el conocimiento indígena, la revitalización lingüística y las artes indígenas contemporáneas. Cuestiona la historia que habla de los mayas como un ente congelado en el tiempo o como una población hacinada exclusivamente en la ruralidad.

El antropólogo reflexiona que muchos mayas heredaron imágenes del pasado y una antigua representación del pueblo que a veces genera conflicto o que resulta en un estereotipo, lo que ha influenciado la concepción de la "mayanidad", sobre todo para quienes han tenido que migrar o viven en la ciudad.

Surgieron diálogos transatlánticos que articulan a los mayas residentes en otras naciones, quienes en colectivo se proponen encontrar maneras de llevar información a la mayor cantidad de espacios posibles virtuales y físicos. El movimiento #MaayaWinal y sus contenidos digitales circulan, tienen eco, comunican, convocan e incluso irritan a muchos actores, pero, sobre todo, invitan a reflexionar y discutir.

Estas nuevas narrativas desde la mayanidad apuestan por la divulgación y acceso a la información. Hablan sobre los derechos de los pueblos indígenas y la identidad, buscan inspirar a otros movimientos y alejar a algunas voces externas y extranjeras que capitalizan y hacen exótico el presente de los mayas.

GUERRERO

LOS ME'PHAA DE MOYOTEPEC ENFRENTAN AL CORONAVIRUS

ISAIEL ROSALES

Malinaltepec, Guerrero. El curandero Álvaro Anastacio, me'phaa de Moyotepec, comunidad de la Montaña de Guerrero, toma un montón de maíz y lo frota en la mesa diciendo: "Hoy es día viernes, día de la enfermedad, de la amargura, de la gente mala, de cuando llegó la maldad al mundo en que vivimos". Pregunta por el bienestar de Juventino, ya que la "Marta" (mensajero) vio un aire malo. También le pregunta al maíz dónde está Lucía y pide ayuda

para esta familia. Con el maíz diagnostica la enfermedad y le habla a los dioses y a las ánimas del purgatorio para que sane la persona.

Don Álvaro cuenta que "se saca la pregunta o la suerte para saber el lugar en el que se va recuperar la persona: rezando en el cruce del camino, en medio de la iglesia, en el centro del campo mortuorio o en la punta del cerro más alto. Si la enfermedad está fuerte se va al lugar de los muertos (*mujiin*), en el lado oscuro donde están los que tienen una muerte repentina. En caso de que la persona no se recupere rezando en el campo mortuorio y en el cerro, levantando su sombra de tres a cinco días, se debe buscar otra alternativa, porque con cuatro puntos cardinales no se logró". Para sanar a personas enfermas se ocupa agua bendita, copal, velas, hojas de toronja, hilo y cera.

La concepción de la enfermedad en los pueblos me'phaa no puede separarse de las potencias que dieron origen a su mundo y que sustentan su existencia. *Akuun Mbasuun* es la lumbre que cuece los alimentos para consumir. *Akuun Júba* (deidad del cerro o tierra) es la que sostiene la vida, considerando que ahí crece la milpa. El *Begóó* (rayo) es el abuelo que, con su voz estruendosa, abre las nubes para que llueva y la tierra pueda germinar.

Frente a la crisis sanitaria por Covid-19, los me'phaa se organizaron para cerrar sus pueblos, buscar plantas curativas y hablarle a *Begóó* o *Mbasuun* para que no se propague la enfermedad. La comunidad de Moyotepec, que tiene una población de mil 600 habitantes, entre los que destacan 50 abuelos y abuelas de más de 60 años de edad, también cerró sus accesos para evitar el contagio del coronavirus. Durante 15 días la gente no pudo salir de sus casas. El Ayuntamiento dio sólo un tinaco de agua y cubrebocas, mientras los rezadores del pueblo oraban para que la pandemia no llegara. En esos días murieron dos personas de diabetes.

Mientras en el mundo se busca y prueba la vacuna contra el SARS-CoV-2, las comunidades me'phaa suben a pedir a *Akúún Juba* (deidad del cerro) y a *Kuaya* (ciénega) para que no llegue la pandemia. Las familias de Moyotepec elaboraron una infusión para prevenir la enfermedad a base de jengibre, canela, manzanilla y hoja de yerbasanta. También un atole xoco, elaborado con masa de maíz, frijol y picante, una bebida que acostumbran tomar las mujeres después del parto para recuperar su fuerza.

Las abuelas y los abuelos de Moyotepec y del resto de las comunidades hablan con la tierra y con las potencias sagradas. Juntan plantas, flores, velas y una gallina para subir con *Begóó* (rayo) y pedirle "que las enfermedades se vayan a otras partes, que sucumban en las profundidades del mar o que se pierdan en el aire", explica Álvaro.

Las familias de estas tierras sobreviven el día con apenas 100 pesos para no morir de hambre y los servicios de salud no llegan a las comunidades más remotas. Moyotepec tiene un centro de salud, pero sólo atiende unos días a la semana, "como si la enfermedad llegara de vez en cuando", lamentan. En la región, de acuerdo a datos del 2019, existen 445 casas y

centros de salud, brigadas y unidades. Y en Tlapa se localiza el único Hospital General de segundo nivel.

En la comunidad de Chilixtlahuaca, que tiene mil 500 hablantes del Tu'un Savi (mixteco), dos personas murieron por Covid-19. Hay 13 con diabetes y cuatro con hipertensión. Mucho de estas enfermedades existen en las comunidades indígenas, pero no hay una atención especializada, menos con pertinencia cultural. La gente se queja de los malos tratos en los centros de salud y afirma que en el Hospital de Tlapa el personal médico es grosero.

Hasta el momento los centros de salud no son una opción para los pueblos, por lo que los tlapanecos siguen recurriendo a diálogo con *Mbasuun*, *Kuaya*, *Begóó* o *Júba*.

En la cultura me'phaa, el *Mbasuun* es el que cura las enfermedades. La lumbre, dice el curandero Álvaro Anastacio, "es la memoria ardiente y fecundadora; la esperanza, el rayo de luz que toca la flor para que crezca el niño o la niña aún en tiempos difíciles. Es esa brasa que alumbró el mundo en todos los hogares para que la existencia humana continúe habitándose".

El curandero advierte que los cuatro vientos que cuidan al mundo son nuestros vigías y son quienes nos dan la palabra para pedirle a *Kuaya* la salud de nuestro cuerpo y alma. Explica que algunas potencias que rigen la vida de los pueblos me'phaa son *Akuun Júba* (deidad del cerro o tierra), *Kuaya* (deidad del agua), *Begóó* (rayo) y *Akuun Mbasuun* (deidad de la lumbre o fuego), y a este último se le depositan "24 hojas de fuego que alumbró la cabeza del mundo para que no exista la maldad".

VERACRUZ

SIERRA NORTE, DONDE SE CERRARON LAS AULAS, PERO SE ABRIÓ LA ESCUELA DE LA MILPA

ALFREDO ZEPEDA

"Esta semilla que se tiene aquí en la producción es criolla antigua, de aproximadamente 200 años": Abraham Pozos Vargas, campesino de la comunidad de Viborillas, Huayacocotla, Veracruz.

En la sierra norte de Veracruz, Hidalgo y Puebla, donde vive la gente huasteca, náhuatl, otomí y tepehua, la sequía de 2019 dejó a las comunidades sin maíz. De momento, la gente está aprovechando las lluvias para reponerse con trabajo y que haya comida este año.

El trabajo colectivo conocido como Mano-Vuelta está en fase intensiva. Mientras en las ciudades el empleo desaparece por la pandemia, en la montaña todos los brazos están en movimiento. Grupos de diez o quince personas se ponen de acuerdo para dedicar un día a sembrar el maíz de cada quien hasta completar el de todo el grupo. Este sistema no necesita dinero, es intercambio de trabajo.

PASA A LA PÁGINA 8 ►



Ofrenda en el cerro de la Lucerna pidiendo lluvia, Guerrero, 2020. Foto: Isael Rosales



Músicos huastecos en Huayacocotla, Veracruz, 2020. Foto: Radio Huayacocotla

A éste también se han incorporado los que llegaron de la ciudad huyendo de la pandemia, pues se detuvo el trabajo en la construcción en la colonia del Valle y el de recolección de hierro viejo en la colonia Ajusto, ambas en la Ciudad de México. También se están integrando a la siembra los alumnos y alumnas de las secundarias y prepas. Se cerraron las aulas, pero se abrió la escuela de la milpa.

NADIE SE QUEDARÁ SIN SABER SEMBRAR Y ESCARDAR POR IR A LA ESCUELA

Del intenso trabajo en la milpa nos comparten Ramiro Alvarado, del Sótano; Diego López, de Benito Juárez; Lourdes Antonio, de Ayotuxtla; Emeterio Mauricio, de La Florida; y Zacarías Reyes, de El Pericón, comunidades del municipio otomí de Texcatepec, en la sierra norte de Veracruz. Y también Maricela Hernández, de El Zapote Bravo, Ixhuatlán de Madero, en la Huasteca veracruzana.

“La gente está tranquila, sin miedo, nos estamos dedicando a trabajar el campo. Allá no hay miedo porque estamos lejos de la civilización. Varios están cosechando y empezando a trabajar para el temporal. Se saca el tonalmil, de ahí mismo se le vuelve a escardar y le siembran temporal otra vez. Se sabe que la enfermedad existe pero en las ciudades grandes, en el rancho está tranquilo”.

“En estos días están haciendo la milpa. Este año casi no hay sol y poco más de lluvia. Por la enfermedad los comerciantes ya no pueden pasar”.

“Se vinieron varios de los que trabajaban en Monterrey a trabajar a su comunidad, viven de la milpa”.

“Empezó la gente a sembrar. El tiempo va muy bien, a veces llueve, ojalá que no le falte agua al maicito que vamos a sembrar”.

“Cuando empezó la pandemia muchos empezaron a regresar porque perdieron su trabajo. Empezaron a trabajar en la milpa, los jóvenes que habían dejado de trabajar el campo porque decían que no les gustaba y preferían ir a las ciudades a trabajar ahora decidieron organizarse para hacer Mano-Vuelta”.

“La gente está muy tranquila, siembran, hacen Mano-Vuelta, dan de comer en la siembra, la gente está contenta con el trabajo. Escuchamos en radio y televisión que hay que protegerse mucho, no saludar de mano, no arrimarse cerquita uno a otro. Pienso que la enfermedad no va a llegar porque estamos en la sierra, en el campo y no es igual como en la ciudad”.

“No sabemos qué vamos a hacer si el coronavirus llega. Pues aquí hospitales no hay y menos los aparatos ventiladores que ayudan a respirar a los que se ahogan. En las clínicas si acaso hay paracetamol, pero ni siquiera hay ambulancia para sacar a la gente”, dicen los otomíes de Ayotuxtla en Texcatepec. Como lo reconoce Hugo López-Gatell, subsecretario de salud en México, los sistemas de salud están desmantelados.

En 1980 se construyeron 25 clínicas en las comunidades de cinco municipios de la Sierra Norte de Veracruz. Dos camas, un doctor, una enfermera con horario de 8 de la mañana a 1 de la tarde y dos hospitales en Chicontepec, Veracruz, y en Metepec, Hidalgo.

A 40 años de distancia ni una sola clínica se ha añadido, solamente cambiaron de apellido: Coplamar, Solidaridad, Progres, Oportunidades, Prospera, y ahora Bienestar.

Las comunidades de la sierra, al igual que los huaves y zapotecas de Oaxaca, se han preservado sin mucho contagio gracias a sus sistemas de cargos. Con alguaciles y policías limitan el libre tránsito en las entradas de los lugares poblados. Los filtros se organizan con la costumbre de la faena y la autonomía.

Los que llegan de Monterrey han de encerrarse unos días hasta asegurarse de su buena salud. Los que salen dan razón del asunto que los lleva fuera, y los avisos llegan hasta México solicitando a las y los migrantes que mejor no vengán. Los comunicados pasan por Radio Huayacocotla, “La voz campesina”, para que la gente obedezca lo que las autoridades de la comunidad mandan. El futuro no se sabe, porque el mundo está en una pandemia más grande que la de H1N1, el Ébola, Chicungunya y Dengue juntos. Aún así, en tiempos de pandemia lo que salva es la milpa. Es la siembra.

ALFREDO ZEPEDA es Coordinador del Proyecto Sierra Norte de Veracruz

OAXACA

EDUCACIÓN AUTÓNOMA PARA NIÑOS Y NIÑAS ZAPOTECAS, CON Y SIN PANDEMIA

GLORIA MUÑOZ RAMÍREZ

Santa María Huatulco, Oaxaca. En medio de la exuberancia de la sierra sur de Oaxaca, a una hora de terracería del municipio Santa María Huatulco, un grupo de niños y niñas de entre 5 y 17 años siguen su propio calendario escolar. Nunca ha habido internet ni señal de televisión, por lo que no se suspendieron las clases presenciales y los niños siguen yendo a la pequeña escuela de la Finca Alemania, un territorio autónomo en el que habitan decenas de familias provenientes, en su mayoría, de más de 40 comunidades zapotecas.

El aula es una pequeña construcción de aproximadamente 25 metros cuadrados, con techo de lámina y paredes de madera. Pero en realidad la escuela mide más de 800 hectáreas de tierras ocupadas en un principio y hoy regularizadas. Ahí los niños y niñas aprenden a contar mientras siembran; tienen clases de música en lo que queda de una iglesia y de teatro y baile en la explanada del centro; también aprenden a hacer pan y a criar truchas y pollos; y los más grandecitos se incorporan a los talleres de medicina alternativa, corte y confección, agroecología, mecánica, herrería o carpintería. Mañana y tarde tienen actividades de formación integral, lo mismo en el salón de clases que en la milpa o en el panteón, donde limpian las tumbas para buscar los nombres de quienes vivieron y murieron ahí, para reconstruir su historia.

La finca cafetalera Alemania fue abandonada por sus dueños en 1995, luego de ser embargada por un banco. Durante dos años los trabajadores se quedaron a cargo del lugar, produciendo por su cuenta, hasta que en 1997 salieron por desastres naturales. El lugar permaneció abandonado hasta que, en abril del 2013, el Comité por la Defensa de los

Derechos Indígenas (Codedi), con el apoyo de Organizaciones Indias por los Derechos Humanos en Oaxaca (OIDHO), decidió ocuparla y no sólo hacerla producir, sino construir ahí un Centro de Capacitación regional para dar servicio a 45 comunidades, que fue inaugurado en 2015.

Rodeada de montañas amenazadas por las empresas mineras, la Finca Alemania construye su mundo. En lo que queda de la iglesia original, cuatro niños y niñas toman clases de solfeo. “Aaaaaaaa”, entonan las escalas. El aguacero interrumpe la clase y los niños echan a correr bajo el agua. Parece que la lluvia no se va a quitar nunca, pero media hora después el cielo está limpio y los niños ya están en el taller de panadería, donde hacen cuernitos y bolillos que se comerán las familias durante la cena. Más tarde, encobijados en el suelo y con la ayuda de un motor porque no hay luz, verán una película antes de irse a dormir.

Aquí no hay toque de bandera, pases de lista, uniformes, boletas de calificaciones y todo lo que se conoce en la educación formal. Pero se trabaja el doble. “La diferencia es que hay otra forma de ver la realidad y de enseñar, de compartir y de ser compañeros en clase”, explica Elías García Santiago, parte del Comité de Educación y maestro de danza. Aquí, insiste, “no vamos a pedir que nos den de memoria las características de un árbol, sino que vamos al árbol, lo conocemos y lo tocamos”.

El Centro de Capacitación trabaja por trimestres los niveles de preescolar, primaria, secundaria y bachillerato. Y el sueño que pronto se hará realidad es la construcción de una universidad indígena y autónoma. Ya está el terreno y ya se preparan las carreras.

CLASES EN PANDEMIA Y CON SOBERANÍA ALIMENTARIA

Nunca pararon las clases, aunque la Finca se aisló. Nadie entró ni salió durante meses desde marzo del 2020, mes en el que iniciaron las medidas sanitarias contra el coronavirus en México. Un letrero en la entrada de la Finca da cuenta de la implementación de medidas y de las limitaciones de tránsito. Pero la vida al interior continuó su marcha.



Escuela comunitaria en Santa María Huatulco, Oaxaca, 2020. Foto: Gerardo Magallón



San Blas Atempa, Istmo de Tehuantepec, Oaxaca, 2020. Foto: Jacciel Morales

En las 800 hectáreas de tierras no hay luz eléctrica, y cuando se ocupa se instala con motores de gasolina. Tampoco hay señal de teléfono celular ni internet, salvo en algunos puntos de la montaña. Las familias no tienen televisión ni wifi, por lo que nada del sistema de educación oficial para la pandemia funciona aquí.

En la Finca, con y sin emergencia sanitaria, las clases continuaron. El lugar se mantiene aislado, pero puede sobrevivir porque las familias comen lo que producen. De la tierra sacan prácticamente todo, empezando por el maíz, arroz, frijol, café, frutas y verduras de temporada; además tienen criaderos de truchas, granjas de pollos y de cerdos. Todos los días en el comedor comunitario preparan gigantes ollas de frijol y arroz y cestos con decenas de kilos de tortillas, además de pan para la cena. De hambre aquí no se muere nadie.

En la Sierra Sur de Oaxaca la mayor parte de la población es zapoteca. El Codedi está conformado por unas 40 comunidades de 15 municipios de toda esta región. Son diferentes comunidades, agencias, rancherías. Cristóbal dice: “Como organización respetamos mucho la autonomía de cada pueblo. El trabajo que hacemos con las personas está meramente relacionado con el centro, con los proyectos que trabajamos, pero no nos metemos más a fondo, por ejemplo en las elecciones de sus autoridades o los tequios que organizan como municipio. Respetamos esa autonomía, ellos en su trabajo y nosotros en el nuestro”.

ISTMO DE TEHUANTEPEC

MAÍZ Y VIDA COMUNITARIA EN TIEMPOS DE CORONAVIRUS

DIANA MANZO

Istmo de Tehuantepec, Oaxaca. Es medio día y el sol pega fuerte en San Blas Atempa. Eso no impide que Juan López Talín tome su arado y su yunta conformada por un par de bueyes de gran tamaño para caminar por los surcos de su parcela sembrando maíz. Para este ciclo agrícola de otoño-invierno, Juan, de 65 años, cultivará una hectárea, después de haber sembrado 32 litros de maíz que adquirió con productores de su comunidad.

Por donde se mire, la vida florece en San Blas Atempa a través de los cultivos. El 90 por ciento de los hombres son campesinos, y de ellos el 70 por ciento se dedica al cultivo del maíz. El resto siembra ajonjolí, plátano, coco y otros cultivos frutales.

“A veces un costal de elote lo vendemos en 350 pesos, pero otras ocasiones apenas y lo compran en 100 pesos. Es duro cosechar, es duro sembrar, pero es lo que sabemos hacer. El maíz nos ha dado la vida y aquí seguiremos porque esa es la herencia de nuestros padres y abuelos”, señala Antonio, quien todos los días acude a su parcela, algunas veces realiza labores de limpieza y otras, como ahora que inició su cosecha, a limpiar los arbustos que nacen en de los surcos para evitar que absorban el agua de la lluvia irregular en cada ciclo agrícola y que ha repercutido por los cambios de clima que imperan.

Los hombres de San Blas Atempa siembran el maíz, mientras las mujeres elaboran el totopo. Se cumple el ciclo económico, la cadena de valor: sembrar, cosechar, transformar para darle valor agregado, comercializar y consumir, lo cual deja testamento de una alimentación sustentable. Junto con la siembra, la comunidad lucha por preservar su lengua y cultura. Aquí se conserva lo que otros pueblos han perdido: una presencia importante del zapoteco, sus ritos, fiestas y tradiciones.

LAS MUJERES BINNIZÁ NO SE MUEREN DE HAMBRE

Los granos del maíz zapalote chico son semiharinosos y con el más bajo índice gluma/grano en las razas mexicanas, tienen alto contenido nutricional (12.7 por ciento en promedio) y con germen grande, según reportó la Comisión Nacional de la Biodiversidad en el 2010. Todo esto convierte al maíz en propicio a los hábitos alimenticios de la población del istmo oaxaqueño que, por tradición cultural, consume productos derivados de él.

Durante seis horas al día, las manos de Nereida Ramos Guerra no paran de moverse. Primero cuece y lava el maíz y después lo lleva al molino. Así elabora 500 totopos al día, que vende a sus clientes en la ciudad de Juchitán.

En la comunidad de Tierra Blanca, que pertenece a San Blas Atempa y de donde es originaria Nereida, es común que las mujeres elaboren totopos y todo lo derivado del

maíz, como tamales, pozol blanco y también comida tradicional: “Aquí aprendemos desde chiquitas y gracias a los totopos comemos, porque obtenemos recursos de lo que vendemos. Diariamente aquí se elaboran miles de totopos que se venden a compradores en gran volumen y ellos los revenden en Juchitán y otros pueblos. La producción es alta en esta Tierra Blanca”.

En su cocineta de palma, Elvia Aquino Guerra prepara los tamales de elote, alimento predilecto que se consume con crema y queso fresco obtenido de los ganaderos de la zona. El tamal de elote se hornea o se cuece en ollas de peltre bajo el fuego lento y su sabor es inigualable porque se prepara con maíz tierno; de hecho, la primera cosecha es para elaborar tamales o el atole de elote.

Las mujeres zapotecas de San Blas Atempa no se mueren de hambre porque el maíz que cultivan es su alimento. La vida en este lugar gira en torno a este grano.

EL GRANO DORADO FRENTE A LA COVID-19

A la orilla de la carretera está colocada una mesa y un letrero en el que se lee: “Hay pozol blanco y de cacao”. Todo pertenece a Carmen Solórzano, quien desde hace más de 20 años vende esta bebida refrescante y preferida por sus paisanos. Con todo y pandemia por coronavirus, ella no puede dejar de trabajar, pues si no lo hace no hay sustento en su casa. Con el virus sus ingresos se han visto afectados y las ventas no son como antes, “pero mientras haya cosecha, habrá maíz”, asegura.

Para preparar su pozol blanco, Carmen compra las semillas con los labriegos de la zona, quienes tampoco tuvieron la siembra por la pandemia. “Nos hablan de una enfermedad que está matando a la gente, pero el maíz se sigue produciendo, yo sigo vendiendo mi pozol. Si no lo hacemos, el campo podría morir, pero hemos descubierto que nuestro maíz resiste ante cualquier cosa, y aquí seguimos nosotros, los que disfrutamos comerlo y beberlo”.

Tomás Chiñas Santiago, representante de la Organización Social Tona Taatí, explica que el maíz es un alimento resistente, además de necesario para la vida de las comunidades. Por eso, a pesar de la pandemia de Covid-19, se sigue sembrando ■

CUANDO DECIDIMOS CERRAR LA ESCUELA

TO BE OR NOT TO BE INDÍGENA EN CALIFORNIA

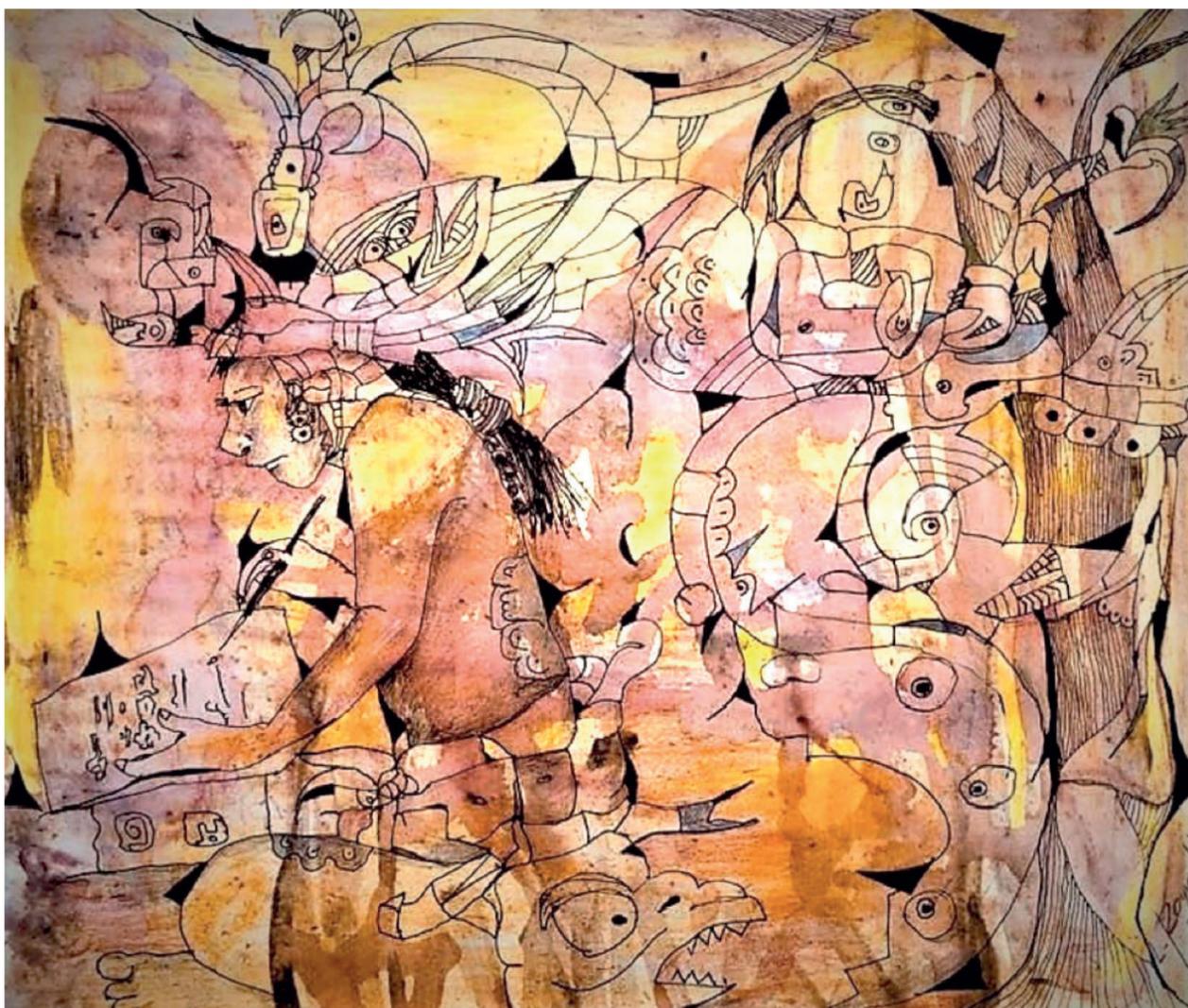


Ilustración: Lamberto Roque Hernández

LAMBERTO ROQUE HERNÁNDEZ

Yo digo pues que en estos días no es de escribir cuentos sino de contar realidades.

Cuando decidimos cerrar la escuela en marzo, pronosticamos que sería por tres semanas mientras la situación se reorganizaba, se tomaban las medidas adecuadas y se enfrentaba de manera propia al virus que migraba desde el Asia hasta América. Y no fue así, y lo que siguió está por demás decirlo.

Los maestros en el Área de la Bahía de San Francisco nos organizamos en corto. Echamos mano de todos los recursos disponibles. Diseñamos sistemas de enseñanza a distancia. Todo basado en los estándares estatales y nacionales. Nos quebramos la cabeza, colaboramos y nos atrincheramos armados con computadoras, libros de texto, plataformas digitales, teléfonos celulares y todo lo que pensamos que nos sería útil. Cerramos los salones de clase. Abandonamos los edificios, dejándolos a las buenas y malas de las inclemencias del tiempo. Dejamos las plantas de los jardines que los estudiantes cuidaban con tanto esmero. Todo relegado y con la esperanza de volver a verlo, o no. Nos resguardamos en nuestras casas y desde ahí iniciamos a enfrentar la otra realidad.

Me entró pavor al darme cuenta cómo el bicho se esparcía rápidamente por todos los continentes. Me sentí con pies de barro. Y me estremeció pensar en —sin excepción— la fragilidad de los humanos. Pero había que actuar rápido y pensar en cómo torear el peligro de contagiarse. Hasta hoy seguimos sobreviviendo y ni uno es más que otro si no nos cuidamos.

Los estudiantes fueron instruidos en cómo usar los recursos. Todo era distinto. Nuevo. Al vernos en línea y con caras melancólicas enmarcadas por la virtualidad de los nuevos tiempos era obvio que nos extrañábamos. Y aún. Hacíamos lo que podíamos para aguantar los golpes iniciales. Ausencias. Silencios sobrentendidos. Pantallas oscuras. La pobreza en la que muchos viven también se alineó. Los males que ésta ocasiona se digitalizaron e iniciaron los estragos. Los que no aparecían en la ventana de los chromes era porque carecían de lo necesario. Hubo que adaptarse a las pantallas de computadoras cerradas en su caso. Y había que insistir a que tuviéramos que vernos. Nos acostumbramos a los ruidos del otro lado mío y el de ellos.

El silencio absoluto de mis audífonos me ensordecía.

Los maestros nos movimos. Proveímos equipo de cómputo y cajas móviles de internet —hot spots— a estu-

diantes sin recursos. Hubo pérdida de empleos en las familias y tuvimos más demanda de equipo. Y los administradores hicieron malabares para tratar de que nadie se quedara sin aprender. Y los maestros salimos de las madrigueras cubiertos de manos a cabeza a entregar equipo. Libros. Papel. Materiales escolares. Lápices. Se organizaron *drive by's* para recoger comida en las escuelas. De vez en cuando entregábamos paquetes a domicilio. Decidimos que nuestros estudiantes de los barrios de donde sale la mano de obra que mueve al área, estado o país, tenían los mismos derechos que los de allá arriba. Porque ni en casos de pandemia éramos todos iguales. Estábamos y estamos expuestos todos, pero hay diferencias. Habíamos quedado de repente todos en fuera de lugar.

Al iniciar este año escolar, salieron a la luz los que en las escuelas pasan desapercibidos. Y un grupo que me llamó la atención fue el de los centroamericanos. Chicos recién llegados. Sin inglés o con escaso. Sin tanta educación académica debido a las broncas que infectan sus países. Indígenas guatemaltecos, por ejemplo, que tanto los padres como los hijos hablan su lengua madre y castellano como segundo idioma. Primero, aprendí a bajar la velocidad de mi español oaxaqueño con ellos. Es gente que sólo es visible en las esquinas, las mujeres vendiendo frutas y en los estacionamientos de la *Home Depot*, los hombres esperando a ser contratados para el trabajo más madreado.

Normalmente en las escuelas, en días antes de la pandemia, a estos estudiantes centroamericanos se les clasifica como *latinos*, *hispanics* o en automático llegan a formar parte de los *mexican kids*, y de ahí no se les saca del cajón. Había que cambiar la dinámica con ellos. Tomar en cuenta de dónde vienen y sus comportamientos a su nuevo entorno, y por ahí entrarle. Había que ponerlos filosos en el uso de la tecnología. En este caso, no era sólo trabajar con los hijos de emigrantes *latinos* nacidos en California. O como los estudiantes afroamericanos víctimas del racismo institucionalizado. Ellos como sea ya están enfrentando al sistema y llevan a cabo sus propias luchas.

Empecé a entender de alguna manera por qué los estudiantes *mesoamericanos* no hablaban, por qué los padres de ellos se intimidaban. Era hora de empezar a darles un lugar. Relevancia. Invitarlos con respeto a que no estuvieran escondidos detrás de la cámara. Cuando empezamos a estudiar las culturas antiguas, no inicié con Mesopotamia como dice el currículo. Le entré con los mayas. Con su grandeza. De lo cabrones que eran en la ciencia y en las matemáticas. En la agricultura. Los ubiqué en el pasado y en el presente porque no han desaparecido como sugieren muchos textos, y en su momento los estudiantes empezaron a hablar de ellos mismos. Del campo. De los animales. De sus tradiciones. Los padres empezaron a participar. Hablamos de las lenguas originales y de las que ellos hablan en casa. Y por un mes se volvió un ritual virtual rico de aprendizaje de los dos lados. Me metí hasta donde pude en la escuela de ellos. Hoy que estudiamos a los egipcios ya tienen un punto de referencia en su propia historia. Entienden con quién compararse.

Hubo que cambiar la historia un poquito. Los alumnos ya no son solamente blancos, asiáticos, negros o latinos. A los indígenas centroamericanos, cuando llegan por estos lugares, el sistema educativo influye para borrarles parte de la identidad. Están emigrando en dirección opuesta a como lo hicieron los antepasados. Y hay que hacer frente.

La pandemia sigue. Los estragos en todos los niveles/ rubros continúan. Y las escuelas están abandonadas. Los jardines de ellas, falleciendo. Y no hay para cuándo regresar a lo que antes fue normal. La esperanza vive, y las ganas de ver de cara completa y con la sonrisa grande a esos estudiantes que luchan a diario para aprender desde sus abolladas trincheras sobrevive.

Gentes a quienes los han forzado a ser invisibles en el país más rico del planeta ■



Foto: Luis Enrique Aguilar



Foto: Luis Enrique Aguilar

EL CAMINO SIN FIN

DESPLAZADOS TSOTSILES EN ALDAMA, CHIAPAS

Serie fotográfica de LUIS ENRIQUE AGUILAR

Desde hace varios meses, no pasa un día sin que llueva metralla paramilitar desde múltiples y bien identificados puntos de la comunidad de Santa Martha, municipio de Chenalhó, contra las comunidades y caminos de Tabak, San Pedro Cotzilnam, Yetón, Ch'ivit, Xuxch'en, Stzelejpotobtik, Coco', Juxton, Ch'ayomte', la cabecera municipal y otras del municipio de Aldama.

La disputa no resuelta hace décadas de pronto se vio agudizada a nivel de guerra por las agresiones abiertas y coordinadas de grupos civiles armados de Santa Martha y otras localidades de Chenalhó, como Los Chorros, siempre con el respaldo del gobierno municipal, la tolerancia de las policías y la Guardia Nacional y la ineficaz (por decir lo menos) mediación del gobierno federal. El estatal funge como convidado de piedra (por decir lo menos).

De los reportes diarios de la Comisión Permanente de los 115 Desplazados, citamos uno, elegido casi al azar, correspondiente al 12 de octubre: "No han cesado los disparos de altos calibres y bombas en los puntos de Slumka, Pajaltoj, Tok'oy, Yaxaltik, Curva Tontik, Saclum, en dirección hacia las comunidades de Xuxch'en y Coco'. Y en los puntos de Tojtik, Telesecundaria, Volcán, Tulantik, Vivero Santa Martha, en dirección a Tabac. Hay familias que no han podido salir en sus casas y están atrapados ahí. Las balas están llegando en todas las casas".

En estas imágenes del 20 de septiembre vemos el calvario cotidiano de familias enteras que huyen y eluden las balas ■

Para no olvidar, ver también en números anteriores:
<https://ojarasca.jornada.com.mx/2020/08/07/las-heridas-de-maria-luciana-280-3560.html>
<https://ojarasca.jornada.com.mx/2020/09/11/chiapas-la-ley-del-deja-vu-7210.html>



Foto: Luis Enrique Aguilar



Foto: Luis Enrique Aguilar



Foto: Luis Enrique Aguilar



Foto: Luis Enrique Aguilar



Protestas mapuche, octubre de 2019. Foto: Centro de Investigación Periodística (CIPER)

CHILE: PUEBLOS INDÍGENAS Y NUEVA CONSTITUCIÓN

MIRADA POÉTICA Y DE SENTIDO

GRACIELA HUINAO

En la enseñanza y aprendizaje de la vida, sin lugar a dudas, desde el primer sonido que fue atrapado en un signo petroglifo, ha manifestado sus primeros asomos la poesía; al parecer, fue creciendo y evolucionando con el raciocinio humano, porque siempre ha estado presente en los procesos de los pueblos; ésa es la apreciación que sostengo del arte más simple y sublime que he ido manifestando a través de mis años: el arte de la palabra.

En los pueblos originarios, desde niños se nos enseña que el sonido es la máxima expresión de todo lo que transita por el Universo. Y mi aprendizaje mapuche me hizo saber que no es de exclusividad humana, también hemos escuchado el eco de las montañas, el canto de los charcos, el murmullo de las hojas mecidas por la brisa en otoño, esas manifestaciones son las voces de la madre tierra. Y qué decir de los miles de sonidos que tienen las aves y los animales al comunicarse. Estos sonidos, cada uno tiene una pertenencia, una característica propia, es decir: la tierra diseña esas particularidades, las cuales nos hacen ser diversos; poéticamente hablando, esa sería la raíz cultural de un pueblo, determinada por una zona geográfica.

Quizás no sea un discernimiento erudito lo que nos enseñaron nuestros abuelos, podría interpretarse como una educación rústica y salvaje, pero era la forma más bella e inteligente de enseñarnos poesía.

A veces, nos encontramos con abruptos cambios en la historia de los pueblos, que van en contra de lo más esencial que poseen: su cultura. Y hace más de cinco siglos que

los pueblos originarios de América han sufrido un genocidio sistémico, avalado por grandes poderes políticos, religiosos y empresariales. Estas calamidades, históricamente, en conjunto, han tramado la desarticulación de los pueblos, a sabiendas de que la separación debilita a los grupos y que de esa manera es más fácil la desaparición de culturas milenarias.

Mi tierra no ha estado ajena a estas invasiones y es de público conocimiento cómo, en desventaja bélica, se ha defendido de los distintos genocidios que la hicieron mermar, en todos sus aspectos. En primer lugar, le hizo frente al más poderoso ejército enviado por la Corona española. Luego vino la más letal y traicionera de las invasiones: la chilena, a la cual seguimos resistiendo desde distintas trincheras, y les puedo asegurar que para los pueblos originarios y en particular para los mapuche, no es grato convivir en la misma tierra (casa) con el enemigo.

Esta resistencia originaria es histórica. Si al principio fue a piedra y palo, hoy podemos decir que hemos creado nuestras propias armas para luchar, y la palabra, bien manejada, es la mejor arma que posee todo pueblo para defenderse y atacar. Y hoy es indiscutible que en distintos pueblos se están levantando voces nativas, sonidos que estuvieron, en algunos casos, a punto de la extinción. Y con impotencia, también debo señalar que existieron otros pueblos cuya historia se cortó por el genocidio y me niego a que la palabra enmudezca frente a la existencia de esos pueblos, que sólo dejaron su huella en la oralidad. Hay que denunciar que los nombres de sus asesinos, por su "hazaña", hoy engalanan las calles de las principales ciudades donde cometieron esos homicidios. Y de estos pueblos se ha perdido el aroma de

sus cuerpos, el ritmo de sus pasos por la tierra y otras cualidades que nunca llegaremos a conocer; y con este corazón porfiado de poeta que me sustenta digo: el espíritu de esos pueblos no debe pasar al olvido, y hago hincapié en que las calles donde habitaron esos pueblos no pueden llevar los nombres de sus asesinos. Y pongo un ejemplo: si a la chilenidad le dolía tener una calle nombrada 11 de septiembre y lo erradicaron, ¿acaso sólo a los chilenos les duelen los atropellos humanos?

Sin ese sentir (razón-corazón) de poeta y narradora, perteneciente a un pueblo milenario, mi deber, para seguir avanzando (no lo puedo dejar de mencionar, aunque sea cliché) es eso de estar siempre refregándole en la cara nuestras heridas a una sociedad insensible, como es la chilena, en la que me tocó nacer, desarrollarme y enfrentar.

Ahora, este borrador que presento para la puesta en escena de un libro de "carácter didáctico" no sé si irá a contribuir al debate sobre pueblos indígenas y la nueva Constitución, aunque íntimamente me gustaría que fuera así, pero por memoria y todo lo vivido, pienso que será como hacer una raya en el agua. Y no es que no tenga fe, es que la realidad política y religiosa siempre ha sido un muro donde chocan todas las ideas que van en "favor" de los pueblos originarios. Además, si hablamos de una "Nueva Constitución", basada en la que dejó un dictador, debo suponer que sólo se le están cambiando algunos sinónimos para disfrazarla de "nueva", porque por debajo sigue escribiendo la misma mano empresarial de este país.

Los derechos indígenas en Chile siempre se han vulnerado (y los de los pobres). ¿Por qué esta vez sería distinto? Si históricamente sabemos que el papel puede decir mucho, el problema es que, cuando esos escritos se llevan a la práctica,

siempre habrá una “letra chica” que borrará con el codo lo que se escribió con la mano. Y muchas veces también, como mapuche nos engañamos cuando nos aferramos a una determinada línea política, y si ésta es la que está llevando adelante algún tipo de proyecto, creemos lo que se nos está prometiendo, por uno u otro motivo que nos convenga. Pareciera que dentro del ejercicio político, la valla de la ética es muy fácil de saltar, porque ahora es una carrera de acomodos personales, y pareciera que el político honesto (que los hay) es invisible para la sociedad chilena, por ser minoría.

La visión que tiene el mapuche “moderno”, de la que tuvieron nuestros abuelos, creo que no difiere mucho, porque cada generación ha escuchado las falsas promesas socio-culturales del Estado chileno, las cuales han pavimentado el camino de nuestra historia de norte a sur y de mar a cordillera. Y no es que sea una mirada pesimista, es la realidad, una que hemos vivido más de cinco siglos. Entonces ¿por qué hoy debemos crearle al Estado chileno? ¿O es sólo porque quedará un reconocimiento escrito dentro de la nueva Constitución? El meollo de este asunto apunta a la aplicación de esas leyes: cuando éstas van en contra del pueblo mapuche u otro nativo (también los pobres), se aplican de inmediato con todo su poderío. Y si es que alguna vez estas leyes van a favor del oprimido (casi nunca), se dilatan.

Y si hoy están en el tapete de los organismos estatales estas demandas de los pueblos originarios, no es que sea generosidad del gobierno, sino que existe un grupo de hombres y mujeres que han exigido “por la razón y la fuerza” que jurídicamente estos derechos ancestrales sean tomados en cuenta con seriedad para la recreación de la nueva Constitución. Los pueblos originarios conocemos esa legalidad y no queremos que siga siendo un puñal de doble filo, porque como mapuche hemos caminado por el lado más cortante; así lo dice nuestra historia que está llena de heridas, las cuales aún no han cicatrizado. Quizás sea esa mi desconfianza, ya que en la Ley Indígena (IV) en relación a la Cultura y Educación Indígena, nos prometieron un cabal reconocimiento, respeto y protección de nuestras culturas. Ahora pareciera que, como en otros casos, no nos queda otra alternativa que aceptar, porque pienso que ya todo está sacramentado en las leyes a promulgar.

Y vuelvo a reiterar: lamentablemente, los pueblos originarios no tienen involucración directa en estos procesos legales, y por lo vivido; sólo a veces se nos llama para una “consulta indígena”, sólo para engrosar la parafernalia política.

En ocasiones me pregunto, ¿existirá alguna vez la posibilidad de tener algún representante con la convicción de

pertenencia y representación cabal de ser originario, ante un Senado o en la Cámara de Diputados, y que no termine aliándose con el enemigo? Esperanzada, me niego a pensar que ya nacemos infectados por la política y la religión.

Es de esperar que el Programa de Derechos Indígenas aborde la realidad de la ramificación que han sufrido en los últimos años los pueblos originarios, donde la mayoría de la gente emigró del campo, y sus descendientes (segunda y más generación) siguen viviendo hacinados en la periferia de las grandes ciudades y son el grueso de la mano obrera, igual que la primera generación. Sin embargo, en su transitar del campo a la ciudad han llevado consigo sus costumbres, aquellas que hicieron enriquecer la cultura “mayoritaria chilensis” y que ha hecho de este país un territorio pluricultural. Hoy en Chile, el aporte no es de exclusividad de los nueve pueblos originarios que registra la CONADI (Corporación Nacional de Desarrollo Indígena), también están los descendiente de africanos, chinos (norte) y, en los últimos años, una variada gama de colonias de pueblos originarios de América que han aportado sus sabores, colores y olores a esta tierra... así se va construyendo la pluriculturalidad.

Mi deseo también es aportar al debate de esta nueva Constitución, y como mapuche anhelo que algún día los pueblos originarios tengamos un día de celebración (festivo) para nuestro año nuevo mapuche, el cual cae en el sol-

**LOS PUEBLOS ORIGINARIOS
CONOCEMOS ESA LEGALIDAD
Y NO QUEREMOS QUE
SIGA SIENDO UN PUÑAL
DE DOBLE FILO, PORQUE
COMO MAPUCHE HEMOS
CAMINADO POR EL LADO
MÁS CORTANTE; ASÍ LO DICE
NUESTRA HISTORIA QUE
ESTÁ LLENA DE HERIDAS,
LAS CUALES AÚN NO HAN
CICATRIZADO**

ticio de invierno, pero que sea el que impone la naturaleza, el que nuestros ancestros celebraban desde tiempos inmemoriales; no el que impuso la iglesia católica (24 de junio, para recordar la efeméride de San Juan). Si nuestros antiguos, sin calendario oficial en mano y sin equivocaciones, sabían la fecha exacta y hora del solsticio en el hemisferio Sur, nosotros debemos respetar y hacer cumplir esos conocimientos y no doblegarnos a lo que nos imponen. Y si lo hacemos, estamos negando nuestro conocimiento ancestral.

Un tema “duro” para los mapuche es lo que ocurre con las leyes que aplica el Estado de Chile en contra de nuestros hermanos que están privados de la libertad y que el Estado opresor ha denominado “presos políticos”. A diario vemos la aplicación de estas aberrantes medidas, y la zona de la “Araucanía” está militarizada. En este lugar es donde se vulneran todos los Derechos Humanos en democracia, especialmente de niños y ancianos.

Puede ser mi ignorancia, pero pienso que en esta parte, a la “nueva Constitución” no se le cambiará ni una coma con respecto a las leyes antiterroristas, las cuales fueron creadas sólo para los mapuche, porque son leyes que, a la vista, tienen un origen de poder empresarial sobre la tierra mapuche.

Así de dura también es la “deuda histórica” que mantiene el Estado chileno con los pueblos originarios, una guerra de genocidio, más conocida como la “Pacificación de la Araucanía”, la cual fue una guerra de usurpación del territorio mapuche. Ninguna muestra benéfica como becas o compra de terreno por la CONADI o algún respaldo para un proyecto cultural saldará esa deuda, porque la usurpación territorial fue a través de una planificada estrategia de exterminio gubernamental, donde el enemigo masacró a comunidades indefensas, y la vida, no tiene precio.

Quisiera tener una mirada más optimista frente a estos acuerdos, pero son demasiados los años de mentira que me cobijan y que me obligan a seguir viviendo en un país de mentira, en el que se nos dice (a todos) que somos jaguares, tigres... y los que deberían conducir este rico país empobrecido son unos kiltros moviéndole la cola a un pequeño y mafioso grupo empresarial.

Si la actual Constitución fue creada bajo un régimen dictatorial, sin consulta del pueblo, esta nueva, por obligación, debe recoger opiniones diversas, de toda la gente que sostiene este país ■

GRACIELA HUINAO, poeta y narradora williche. El texto apareció originalmente en *Nueva constitución y pueblos indígenas* (Pensamiento mapuche contemporáneo, Pehuén Editores, Santiago, Chile, 2016).

Protestas mapuche, octubre de 2019. Foto: Centro de Investigación Periodística (CIPER)



LA VISITA



Volador de Papantla en San Pedro Cholula, Puebla. Foto: Mario Olarte

JAIME SA'AKÄSMÄ

A Edgar Núñez Jiménez

¡A sí vas a ir a ver a tu abuelita?! ¡Alistate ya!, gritó mamá recargada en el marco de la puerta de la cocina, mientras se limpiaba las manos en el mandil; estaba torteando. Yo jugaba con mi carrito, que era una botella de cloro, allá lejos, cerca del corral de las gallinas, debajo de un árbol de mango. Cuando la escuché, me puse muy contento, tanto que arrojé el carrito, nomás del puro gusto, contra una pila de piedras. Y la ceniza con la que había rellenado su panza y que era el material para la pavimentación de mis carreteras se desparramó en el aire. Me acerqué a mirarlo cuando la neblina desapareció. Seriamente le dije a la verde botella: he tenido carritos más aguantadores que tú. La pateé y corrí al estanque. Me lavé las manos y la cara. Bañate, cochino, dijo Abel. Se ciñó una toalla de *Miky Maus*. Olía a jabón y a champú. No quiero, dije. ¡*Kupil!*, gritó. Total, abuelita ni se va' fijá; ella también es *kupi*. Ya no contestó. Le pregunté: ¿qué le vaj' a llevá? No sé, y ¿vos? Te lo guá decí, pero no le digás a nadie, dije. ¿Qué? Un tabaco. ¿Ontá, ónde lo robaste? No lo robé, lo encontré por ahí. Argüendero, dijo a media voz. Callate. No me callo, gritó. ¡Mamá, tu hijo...! Callate rajón, le dije y me eché a correr de nuevo hacia el gallinero; esta vez con su toalla. ¡Mamá, mamá!, gritaba mientras cubría sus vergüenzas el muy menso.

Es usted muy cruel, dijo ella, ¿por qué hizo eso? Es que te ofendió, abuelita, y yo te quise defender. No, niñoito, se vengó por usted mismo. ¡Te juro que no! Que sí, él lo agravió y, en respuesta, usted me usó nomás para humillarlo; luego, cuando lo delató con su madre, le arrebató la toalla por pura maldad. No es cierto, lo hice por ti, porque te quiero, abuelita. Se enterneció y, como quien no quiere la cosa, llevó sus manos a mis costillas marimberas. La abracé fuerte. Abuelita, ¿no te sentís sola?, pregunté. ¡Cómo vaj'te a creer! Tengo muchas comadres y muchos compadres; hay muy buenas gentes por aquí. ¿Pero no es feo estar tanto tiempo acostado? Ya me acostumbré, a mi edad no hay mucho por hacer. Hum, ¿y qué hacés, pué? Pues, mira, me entretengo de varias formas: a veces platico con los vecinos, de mi vida, de cosas de antes... O

contamos cuentos, historias... ¡Qué bonito! A mí me gustan mucho los cuentos... ¿Puedo quedarme contigo, abuelita? Se quedó callada.

¡Dejen de jugar, ya es tarde! ¡Y vos, tarugo, vení pa'cá! Al escuchar a mamá, Abel corrió a cambiarse, yo me fui con ella. Me jaló de las orejas, dijo: estese quieto. No me dolió el jalón, bueno sí, pero nomás poquito. Como me pegaba seguido, creo que ya me estaba acostumbrando. Pero igual, me quedé quieto. Me quedé contemplando el fuego. Las llamas muy lindas estaban, así, con sus mejillas de muchachas: rojitas, rojitas. Crepitaban, contentas de cocer las tortillas del comal. Y éstas se esponjaban como senos redondos que suspiran. Daba harta hambre viéndolas nomás. Sólo las tortillas faltaban, ya todo estaba listo: allí, a un lado del fogón, miraban, coquetas, las cazuelas y las ollas atestadas de comida. Se mezclaban los olores del tamalito de chipilín con el caldo de gallina, de los ricos dulces de calabaza con el singular atol agrio. Movete jaragán, ponete a hacé algo; no sé qué me da verte sentadote nomás. Ve a llamar a tu papá pa' que se lleve la comida. Vos también llevate algo. ¡Apurate!

No se puede sté quedar aquí, su madre se pondrá triste.

No creo, abuelita, mi mamá no me quiere; ella nomás quiere a Abel, lo quiere porque es güerito, bonito y bien portado. Yo no quiero estar más en mi casa. No habléste así, claro que su madre le quiere. No, no me quiere. ¡Que sí le quiere, le digo! Bueno, sí, pero, igual, no quiero estar más en mi casa. Le falta a usted el juicio, ¡tan jovencito y se le está secando el seso! Que es usted muy pequeño, dirá su madre; me va' maldecí, si lo dejo quedarse. No, abuelita, te lo va' agradecer; y si ella no, yo sí. Pero ¡qué chamaco tan testarudo, Dios mío!

¿Así vas a ir? Mirate, ¿no te da vergüenza?, dijo mamá. Bru-to carajo, vos Juan, mirá tu hijo, decile que se vaya a bañá, yo no vuá salí con semejante animal. Ya es tarde, dejalo que vaya como quiera, respondió papá. Aprendé de tu hermano, miralo, qué limpio y arregladito va. ¡Y qué bien se ve con su ramo de flores!, continuó. Por lo menos cambiate esa playera, la gente va' decí que ni te lavo la ropa. ¿Y no es cierto?, contesté. Callate mocososo, me abofeteó papá. Respetá a tu madre. Sí, papito; perdón, mamita. No estaba mohíno, pero no me podía quedar callado: no me aguataba las ganas de rezongar, sentía siempre la necesidad de responder. Creo que

por eso se enojaba mamá conmigo. La cachetada me calmó. Al poco, ya iba yo brincando y bailando con la cazuela de los tamales. De vez en vez, bajaba una mano a la bolsa de mi short: el tabaco seguía ahí.

Si se quiere quedar, va' tener que casarse. Ya estoy grandote, abuelita, ya puedo tomar mujer. Su mamá no dirá lo mismo, me va' odiá; no vendrá a visitarme más. No te preocupés, vamos a estar juntos, ¿qué no? De veras, piénselo usted seriamente; esto de quedarse aquí no es un juego. Quiero quedarme; no importa si me debo casar, total, casi tengo ocho: ya soy un hombrecito, ya puedo trabajar. Está usted muy chamaco, nadie va' tolerá semejante barbaridad. ¡Ay, es descabellado! Dígame, ¿quiere cambiar sus carritos y canicas por historias de gente que no tiene nada más que hacer? Me quedé pensativo. Luego extendí el tabaco, sobornándola. Si está seguro, ponga atención, escuche: váyase a dar una vuelta por entre esas casas, aproveche ahora que su madre está distraída sirviendo la comida a la visita. Así como vea a una muchachita blanca, sígala. La muchacha es bonita y trabajadora, pero muy pálida. Se lo advierto pa' que no piense que está enferma. ¡Qué va! ¡Está más sana que nadie! Váyase, sígale los pasos con tiento; va' jugá un rato, es muy juguetona la cabrona. Usted no se desespere, sígala nomás. ¡Váyase, corra usted!

¿Dónde está tu hermano?, le preguntaron a Abel. Yo qué sé, respondió. ¿Dónde se habrá metido el hijo de la guayaba? Así como es de rebelde ya se habrá regresado a la casa, hace lo que se le viene en gana, mamá. Andá, llámalo, decile que si no viene pronto ya sabe cómo le va ir. No responde. Pos gritá más fuerte, mi amor, gritá, a ver si escucha. Sólo dolor de cabeza da ese tu chamaco, vos Juan. Ya mujer, sosegate, ya sabés cómo le gusta hacernos preocupar. ¿Yday? No responde. Vámonos. Vámonos, pues.

La muchacha estaba detrás de una casa en ruinas.

¡Chula que se veía con su carita pálida! La miré, me miró con el inquietante fulgor de sus ojos. Me puse de colores: rojo o morado, no sé. Sonrió y se escondió entre los escombros de la casa. Me acerqué a buscarla tanteando la pared. Cuando ya la tenía cerca, volvió a huir. Toda la tarde estuvimos jugando, sin cansarnos nada. Dejamos de correr apenas comenzó a oscurecer. Se sentó sobre una de las casas más pequeñas, cogió el ramillete de cempasúchil que la gente había dejado ahí. Mientras descabezaba las flores, dijo cantando, ¿qué quiere usted? Matarile-rile-ron, canté. Yo quiero un paje, cantó. Matarile-rile-ron, completé. Nos quedamos callados. Me acerqué y puse mi cabeza entre sus piernas. Me acarició con las cabezas de las flores. ¿Qué rico huele, verdá?, dijo por decir algo. Luego apartó mi cabeza y dejó otra vez las flores sobre la tumba. Tomó una veladora y se echó a andar de nuevo. Separado por unos cuantos pasos, la seguí. Se detuvo delante del tronco de una ceiba. Dejó la veladora en el suelo y se subió. Me estaba esperando en lo alto. Al poco rato, el sol desapareció tras los cerros y un viento helado apagó la vela. La abracé. Esperate, dejá vos, dijo quitando mi brazo de su cintura, estás todavía muy chamaquito. Mala, dije yo.

¿Qué se cree el vago de tu hijo?, mirá, ya es media noche y todavía no viene. Le faltan sus buenos chicotazos pa' que agarre juicio. Tranquilízate, mujer, creo que lo hemos zarradeado ya tanto que hasta sonso se está quedando. Pues ni tanto, ¿no escuchaste cómo me contestó hoy, el malcriado? Últimamente se ha vuelto muy contestón. Y cómo no, si lo tratás más como tu criado que como tu hijo. ¿A poco yo tengo la culpa de que haya salido con cara de indio? ¿Yday qué, que no tu madre, a la que fuimos a visitar al camposanto, no era india también? Sí, ¿pero me lo tenés que echar en cara, siempre? No me dijiste que no ibas a hablar de eso y que... Dejá de rumiar ya mujer, dormite. Mañana tengo que madrugar para ir a Poajtec a limpiar el cafetal; mirá que la cosecha ya se nos viene encima ■

JAIME SA'AKÄSMÄ (Copainalá, Chiapas, 1988) estudió Lengua y literaturas hispánicas en la Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio de México. Es miembro del Ore'is tyäjk (Centro de Lengua y Cultura Zoque A.C.).



Sacrificio. Altos de Chiapas. Foto: Luis Enrique Aguilar

MORIRÁS, DIJO EL PÁJARO

JUVENTINO SANTIAGO JIMÉNEZ

Viajaba constantemente a Cotzocón mixe para vender blusas de manta, pero en una ocasión cuando regresaba a El Duraznal encontró en el camino a un pájaro que tenía el rostro como el de un gato y mientras posaba en la rama de un naranjal, dijo: "Matías, te vas a morir. Tú te vas a morir". Él dejó su carga a un lado de la vereda y con una resortera le pegó justo en el ojo derecho. El pájaro cayó lastimado al suelo y Matías se acercó para desplumarlo. Después, siguió su camino, y cuando el sol ya se había escondido detrás de los cerros, decidió pernoctar en Atitlán. Más tarde le alcanzó el sueño y quedó dormido. Luego comenzó a tener pesadilla y despertó sobresaltado porque soñó que el pájaro lo había acusado con el demonio por haberlo dejado desnudo. Entonces, a sus treinta años de edad, Matías emprendería el viaje más largo de su vida y jamás volvería físicamente con nosotros porque no había camino de regreso. Solamente llegaría su ánima cada año y lo esperaríamos en la casa que le había puesto cuatro pilares de madera en cada esquina. El resto del muro era de encino partidos a la mitad y para el techado colocó zacate blanco.

Lo más triste no era la muerte de Matías, sino que había dejado a muchas mujeres viudas y también quedaron más de quince hijos en diferentes pueblos mixes de Oaxaca. Semanas después de su muerte, en 1979, comenzó a hacer mucho viento en el pueblo y mi mamá nos despertaba de madrugada para decirnos que nos levantáramos porque había oído que el techado de zacate sería arrancado por el viento. Íbamos a un arroyo a escondernos y allí amanecíamos sentados. Cuando regresábamos, el techo aún seguía en su lugar, pero el viento se había cagado a lado de la puerta como una

advertencia de que volvería. Así que un día subimos a comer porque estudiábamos la primaria y cuando llegamos al patio, vimos que la casa recién construida había sido tumbada por el viento. Los pies traseros y sus ojos estaban destrozados. Tenía la boca abierta y únicamente se apoyaba con los pies delanteros para evitar inútilmente la muerte. Veíamos como si la casa estuviera sentada y extrañara en silencio a la persona que le había dado forma. Varios años estuvo así en esa posición porque no había manera en cómo revivirlo, y antes de que muriera la casa, todavía allí hicimos por última vez un altar para celebrar el Día de Muertos el primero de noviembre de 1985. Colocamos flores de cempasúchil, elotes, chayotes, cigarros y mezcal.

En aquella época, yo tenía once años y mi mamá me había encargado en ir a casa de mi tía Teresa para decirle que almorzara con nosotros tamales de frijol envueltos en yerba santa y caldo de pollo. Al regresar, me caí varias veces en el camino porque ella me había dado de tomar tepache aquella mañana e iba un poquito mareado. Mientras caminaba, veía que la tierra giraba, los cerros se movían y los árboles danzaban. Sin embargo, en nuestra casa no había comida para los vivos y menos para los muertos. Los coyotes y gavilanes habían bajado de las ramas del aguacatal a los guajolotes y gallos. Por las noches, los perros se metían entre la milpa para comerse los elotes por órdenes del Trueno. Mi mamá acudió a una curandera y ella dijo que visitara el Cerro de las Veinte Divinidades para que ya no devoraran más a nuestros animales y los perros dejaran de comer elotes. Encargaron a mi padrino Rogelio en subir a la cima del cerro sagrado a realizar un ritual, pero después que bajó y llegó a casa, enloqueció aquella noche porque no dejaba de discutir con su compadre Matías, quien ya había fallecido.

Mi tía había respondido que primero fuéramos a almorzar a su casa. Llegamos y nos sirvieron tamales, caldo de pollo y tepache. Días anteriores mi mamá había sugerido que sólo probáramos un pedazo de pollo cuando nos dieran comida en las casas que íbamos a pedir muertos y el resto lo guardáramos en una bolsa. Habíamos juntado algo de pollo y mi mamá puso sobre el fogón ardiente una olla de barro para hacer caldo. Al atardecer, mi primo y yo bajamos a pedir muertos a casa de una señora que vivía cerca de un río y en aquel lugar yo llegaba a descansar cuando volaba en mis sueños. Allí nos dieron más tepache y al anoecer subimos a casa del señor Juan. Estaba casi borracho e intenté caminar rumbo a casa, que se encontraba al otro lado del cerro. Tomé una vereda donde antes ya había caminado muchas veces, pero no llevaba lámpara ni nada. La luna alumbraba un poco el camino. Enseguida, sentí que ya había cruzado el río y pronto llegaría a casa a dormir. Pero cuando desperté y abrí los ojos me encontraba entre la vegetación espesa en El Duraznal y no sabía cómo había llegado. Salí entre la maleza y encontré una vereda. Minutos después llegué a la colindancia entre El Duraznal y Tlahuitoltepec. En aquel instante sentí mucho miedo porque allí cerca vivían una manada de coyotes y ya antes había oído sus aullidos. Esa noche llovía y la neblina intentaba abrazarme porque no sabía cómo regresar. Era de madrugada y los gallos comenzaron a cantar. Así fue como ubiqué dónde había pasado la noche y regresé del monte hasta llegar temblando de frío a casa del señor Enrique. Él me ofreció dos copas de mezcal y café. Al tomar tales bebidas recobré el aliento y estaba vivo. Era una mañana fría y salí caminando rumbo a casa ■

JUVENTINO SANTIAGO JIMÉNEZ, narrador mixe.



El testigo en tiempos de pandemia, CDMX, 2020. Foto: Mario Olarte

SE MOSTRÓ EL LAGARTO / TALAKASIYALH XKGOLOLO

Luis Ángel Gandara Olaya

El indio se detuvo a la orilla del camino, frente a la gravera con los pies punzando y la espalda adormecida, bajo el sofocante calor de la canícula. Comenzó a balancearse, a punto de caer desmayado y con un solo movimiento dejó caer su tercio de leña al suelo. De pronto frente a sus ojos, a dos metros de él, se mostró el lagarto tan paciente y elegante, tan bárbaro y majestuoso. El lagarto posaba como un glorioso monumento, el cual mirando directo a los ojos penetra en tu mente, provocando los más desconocidos pensamientos. De esta manera en la mente del indio aparecían imágenes, figuras, sonidos, textos, olores y fantasías; la guerra, el sexo, el crimen, la sed, la violación, la danza, el llanto, el pecado y el placer. Las voces de los ancestros del indio estaban más presentes que todo, pedían fuego y anhelaban la muerte del lagarto. La sangre fría del reptil le comunicó al indio que ese sacrificio sería en vano, porque la belleza del lagarto es eterna. En ese momento los impetuosos rayos del fogoso sol hicieron arder la leña y, con cada crujido que ésta producía, el sudor escurría más y más por el rostro del indio. Así que se dejó caer de rodillas justo a un lado del fuego. Miró fijamente al lagarto, suspiró y le gritó: ¡jama bien a mi esposa, su belleza es idéntica a la tuya! Y continuó cayendo, ahora inclinado hacia el fuego para ser absorbido por él. Luego cayó la tarde y vino la lluvia con ella, y la lluvia, ¡oh la lluvia! La lluvia sólo limpia lo que ella quiere ■

Wa limaxkgan tachokgolh xkilhapan tiji, xlakatin katsiksnan lhtinkintilay xtantun chu xa mixni kstipun, xtampin nila tajaxan xkilhtamaku lhakna. Tsukulh talakpatay, ey xlanan xa talakgatsiswan chu ka makgtum tatsuwilh makgalh pistu xkiwi kkatutsu. Xalan

xlakatin xlagastapu lata xya akgtoy xlihlman xli makgat, talakasiyalh xkgololo xa skamama chu tlan kaxya, ninta xala chu likaknit. Wa xkgololo stlan xya lakum patum chiwix tlajana, la statwa na ukxilha xlagastapu pulaktanu kmin talakapastakni, maktsukuma ni xatalakgapasni talakapastakni. Neyma kxtalakapastakni limaxkgan xtsiyamakgolh lakapunin, laktsu tamakani tlawan, tamakawan, talakgtsokgxtun, tagkankawanat chu talakapastakni wantuku ni anan; wa talamakgnit, wa talakgxtumit, wa tamakglakgalhin, wa takgalhputit, wa talekgamant, wa tatantlin, wa tatasat, wa talakgalhin chu wa talakgpuwan. Wa xchiwankgoy xlakatajni xwankgonit limaxkgan, anta xwilakgolh, kskimakgolh lhkuyat chu xlinix xkgololo. Wa xa lhkanana xkgalhni xkgololo makatsinilh limaxkgan pi tama talamakgnit kawa nawan xlakata xa xlipan xli stlan xkgololo. Tunkun xa tliwakga xmakgkxgakgat xa tliwakga lhkuyat chichini makgsanilh kiwi chu akgatunu xa skawawa tamakasan, wantuku uma xmakgalama, wa xunut tlagk xlakatlawama chu tlagk xlakapun limaxkgan. Xakstu lakgtsokgslakalh lunta xpaxtun lhkuyat. Liwana ukxilhli xkgololo, jalhpanilh chu pixlanka kilhanilh: ¡liwana ka paxki kim puskat, xli stlan na chuna lakum mila! Chu xti lakantilay, lakgtsokgosta ya klhkuyat xlakata wa ka lhtankticha. Alistalh kgotanulh chu tamilh sen, chu sen, ¡oh sen! Wa sen xmanwa xakay wantuku xa lakaskin ■

LUIS ÁNGEL GANDARA OLAYA, vive en Teziutlán, Puebla.

TRADUCCIÓN AL TONACAO POR JOSÉ LUIS VICENTE SANTIAGO, vive en Huehuetla, Puebla.

Ambos estudian en la Universidad Intercultural del Estado de Puebla.

ADIÓS A LAS ENCHILADAS

IGNACIO VILLANUEVA

Mamá, como la mamá del cuento "Es que somos muy pobres" de Juan Rufo, "le da vuelta a todos sus recuerdos". A todas sus dolencias y remedios. Y añade al ver pasar una carroza arrastrando un pedazote de monte y portando en los costados la leyenda "lo que la pinche autopista se llevó", mientras toma el fresco en la entrada de la casa.

Hace algunos años todavía, cuando alguien moría, los familiares, vecinos, amistades, arribaban a la casa del difunto para dar el pésame con unas cuantas palabras de aliento acompañadas de un apretón de manos. Al llegar, por lo regular, primero saludaban, encendían su cera, agarraban el manojito de flores que descansaba en el recipiente con agua bendita para poner la cruz rociando el agua sobre la caja del occiso, depositaban en ocasiones una limosna y entregaban a los dolientes unas sabrosas enchiladas ("joshii", en *atomí ñatho*). *Tortías* dobladas, embarradas con salsa verde, de *guajío, pasía*, o con un pedazo de huevo o un poco de queso, o lo que tuviera la gente, que se repartían a la hora de la comida, después del entierro. "Yo quiero una", pedían los comensales. Entonces no había ninguno de esos refrescos que hay ahora, y los alimentos se desatoraban con agua simple y pulque.

Se acabó eso, mas no el apoyo: ya no hay enchiladas, sí arroz, azúcar, frijol, aceite, despensa, en los días de luto ■

Desde Xochicuautla, corazón de la montaña, el corazón que sueña y vive, octubre del 2020



Bordadora otomí en la ocupación de INPI. CDMX, octubre de 2020. Foto: Mario Olarte

EVALUACIÓN DE CONTRADICCIONES EN SEMBRANDO VIDA

Coneval,

**Evaluación de diseño con
trabajo de campo del Programa
Sembrando Vida 2019-2020**

El Programa Sembrando Vida (PSV) afirmaba incidir en 230 mil “sujetos agrarios” (a veces “sujetos de derecho”), sembrando 575 mil hectáreas. Tras casi dos años de operación aumentaron 170 mil personas y 425 mil hectáreas, cubriendo 20 entidades del país. En total un millón de hectáreas y 400 mil personas.

Sus requisitos obligan a considerar que: “La unidad de producción debe estar disponible para implementar el programa agroforestal, y debe tener alguna de las siguientes características: a. Que se encuentre ociosa o abandonada. b. Estar en condiciones de potrero o acahual bajo. c. Tenga cultivo de milpa”. Como hemos señalado antes, esto implica irse directo contra las áreas de uso común (unos 6.89 millones en el país) que siguen siendo el corazón del ejercicio territorial de las comunidades y ejidos en ese 51% del territorio nacional que es propiedad social, todavía. Estas áreas, como bien ha dicho Álvaro Salgado, son también el corazón de una mutualidad responsable entre campesinas y campesinos de comunidades y ejidos que deben pactar los términos de dónde y cómo sembrar cada año, algo tan diametralmente opuesto a las parcelas fijas, geoposicionadas, que ya anuncian el futuro digital que le espera al campo mexicano. Y el robo crece conforme PSV pide a “los sujetos agrarios” su pleno dominio: “acreditar la propiedad o posesión de 2.5 hectáreas mediante certificado parcelario, certificado de derechos agrarios, escritura pública, sentencia o resolución del Tribunal Agrario, o acta de asamblea donde se acredite la posesión o algún otro documento o título donde conste plenamente la propiedad o posesión de la tierra”.

El PSV pone por delante su menosprecio profundo por el campesinado al exigir en sus lineamientos: “es importante que se trabaje en apoyar a los sujetos agrarios que no cuentan con los recursos y conocimientos necesarios para producir alimentos” [y en otro pasaje: “que tienen escasos o insuficientes conocimientos para la producción agrícola”], pese a que hablamos de las zonas más ricas en biodiversidad, como se afirma tres renglones arriba, y como sabemos, la biodiversidad nunca es sólo biológica, sino producto de la relación con las poblaciones humanas.

Pero el PSV dice: “debido a las características de los territorios que habitan, ellos [¿los sujetos agrarios? ¿los territorios?] representan una gran oportunidad para impulsar la producción de cultivos mediante sistemas agrícolas sustentables”. Con esa cruzada en mente, se pretende la sustentabilidad, recuperar los suelos, el tejido social, la autosuficiencia alimentaria, mejorar los ingresos y cruzar hacia arriba la línea de la pobreza. En el informe final de evaluación del PSV, publicado a mediados de este año, el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) afirma que “estos objetivos no están bien definidos en las metas y los alcances que se busca obtener con la intervención”, pues “tampoco se presentan las herramientas necesarias para operativizar estos objetivos ni para cuantificar resultados medibles sobre estos aspectos”.

Por otra parte, el Banco del Ahorro Nacional y Servicios Financieros (Bansefi) les guardará 450 de los 5 mil pesos mensuales que le tocan a cada “sujeto de derecho”, más 50 pesos que irán a un Fondo de Bienestar. Aunque algunos comentaristas de este programa afirmen que se trata de una opción, es decir algo voluntario, los lineamientos del PSV definen esto como una obligación (punto 3.7.2), lo cual no



Campesino zapoteca en el Istmo de Tehuantepec, Oaxaca, 2020. Foto: Jaciel Morales

es algo menor si además tienen que mantener su ahorro intocado por lo menos tres años y, mientras, el banco feliz. En su evaluación, el Coneval señalaba que una dificultad para quienes recibían estos dineros era que “la cercanía de los mecanismos para retirar dinero en efectivo [...] implica un costo importante tanto económico como de oportunidad”. Esto se agrava con el hecho de que con las pocas sucursales que hay, y tanta gente cobrando sus programas, las sucursales se saturan y se quedan sin efectivo en las regiones rurales donde están los beneficiarios, además del tiempo y el dinero gastado en ir a cobrar.

A principios del año, la entonces encargada del programa, María Luisa Albores, hoy secretaria en Semarnat, se quejaba de que los viveros militares con los que habían pactado la entrega de 100 millones de plantas le habían entregado apenas 37 millones. Hoy, la gente de los Chimalapas se alarma por el absurdo de obligar a la gente que entró al programa a “comprar planta de viveros militares traída desde Veracruz, con muerte del 25 por ciento de las plantas tan sólo en traslados y manejos, siendo que los Chimalapas es la bioregión con mayor diversidad de árboles de todo tipo”.

Como dijera el investigador Daniel Sandoval, del Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano (Ceccam): “El programa Sembrando Vida incide directamente en la decisión de las personas para aceptar las disposiciones oficiales. Esta acción desleal que enajena a los pueblos la capacidad de ejercer el libre consentimiento puede comprobarse con testimonios de distintas localidades, principalmente en Bacalar, Quintana Roo. El uso faccioso de este programa gubernamental es un hecho que se aplica a la gran mayoría de áreas en las que el gobierno federal debe lograr que la población ceda sus tierras [...], según lo hemos comprobado cartográficamente al relacionar los sitios donde se implementa Sembrando Vida y las nuevas trazas planeadas para el paso del Tren Maya”. Según el empresario Alfonso Romo, “gracias a sus inversiones se logra la transformación de ‘tierras improductivas’ en ‘tierras con un alto valor agregado’, se generan empleos, ‘las comunidades muertas de hambre’ salen de la miseria, etcétera”.

Es esta misma lógica la del PSV, cuando insiste en que trabaja mejorando el ingreso de los campesinos para

mejorar la productividad de la tierra. Justo una de las críticas centrales que hace Coneval es que: “La definición del problema central es ambigua en cuanto a la situación que se busca resolver. Por una parte, se refiere a los ingresos insuficientes de los campesinos que habitan en localidades rurales y por otra parte lo relaciona con la dificultad para hacer productiva la tierra. La situación relacionada con los ingresos insuficientes de los campesinos es una situación negativa y en primera instancia supone que incrementando sus ingresos se resolvería el mismo, pero no está claro cómo resolver el problema del dinero resuelve la falta de productividad de la tierra. [...] Se presta a confusión si el problema que se quiere atender es el ingreso de los campesinos o la productividad de la tierra”.

Desde otro ángulo, Daniel Sandoval afirma: “Se añade a ese viejo discurso empresarial aparentemente heroico y progresista, la aplicación de un método que combina sobornos a la población posesionaria de las tierras y la persecución y amenazas a las personas que intentan organizar una resistencia. Este hecho también se ha logrado documentar en las últimas fechas”. Por desgracia, esto coteja tantísimo con quienes, desde Chiapas, “miran con horror cómo Sembrando Vida está siendo una de las motivaciones para los ataques perpetrados por la ORCAO hacia comunidades zapatistas, ya que necesitan garantizar la superficie para la ampliación del programa que le garantizará mayor acceso a los recursos monetarios del programa en su segunda fase, por lo que están invadiendo las tierras recuperadas de los compañeros zapatistas, donde trabajan en colectivos de producción” ■

RAMÓN VERA-HERRERA

Ver: https://www.coneval.org.mx/SalaPrensa/Comunicados-prensa/Documents/2020/COMUNICADO_11_PROGRAMA_SEMBRANDO_VIDA.pdf

Tren Maya, Sembrando Vida y Corredor Transístico: <http://ceccam.org/node/2914>

Lineamientos de Sembrando Vida: https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/579757/Lineamientos_Programa_Sembrando_Vida_2019.pdf



DE PÁJAROS Y SERPIENTES

Tocando el cielo, San Pedro Cholula, Puebla. Foto: Mario Olarte

Jorge Cocom Pech

EL SECRETO DE LOS PÁJAROS

El que quiera disfrutar del canto de los pájaros,
no necesita construir jaulas,
sino sembrar árboles.

El canto de los pájaros pertenece a todos;
nadie,
nadie, a pesar de las jaulas, es su propietario.

MUK'ULT'AAN CH'I'ICH'O'OB

Maax u k'áat u kí kí yuubik u k'aay ch'i'ich'o'ob
ma' k'áabet u beetik núup'o'ob,
chéen yaan u paak'ik' kululché'o'ob
U k'aay ch'i'icho'ob, k-tia'al;
mix maak
mix maak, kex yanak u núup'o'ob, u yumil.

LA SERPIENTE VEGETAL

La enredadera,
cuando escala el tronco de un árbol,
pretende atrapar su alma.

Lo que ignora esta serpiente vegetal
es que el alma de un árbol
no está al interior de su tronco
sino en el canto de los pájaros.

ÁAK'IL KAANE'

Áak'il káane'
ken u na'akal u chun kululché';
u k'áat u chuk u pixanil.
Chen ba'a ale', áak'ile kaane' ma' u yóojelí;
u pixan kululché,
ma'tia'an ich u chunil:
tia'an, tia'an ichil u k'aay ch'i'ich'obe'.

EL GUARDA PALABRA

La palabra,
si tuviera un ropero,
guardaría el color de los silencios.

TA'AKUN T'AANILE'

T'aanile',
wa bin je'e u yaantal u ta'akun nook'e
mi je'e u ta'akik u boonil ch'ench'enkil.

JORGE COCOM PECH (Calkiní, Campeche, 1952), autor maya peninsular, escribe poesía, narrativa y ensayo. Su libro más conocido, *Muk'ult'aan in nool, Secretos del abuelo*, (UNAM, 2001) se publicó en francés en 2007 (*Les secrets de l'aieul*, Editions Réciproques).